

LOS CONFLICTOS ARMADOS AFRICANOS: LA CONFRONTACIÓN INTERIOR

Por ENRIQUE VEGA FERNÁNDEZ

Introducción

África es un continente pobre (o poco desarrollado si se prefiere), inestable y neocolonizado (políticamente también, pero, sobre todo, económicamente). No son tres características desconectadas. Por el contrario, se alimentan mutuamente. La escasez y penurias derivadas del subdesarrollo y de la colonización económica son una importante (aunque no la única) causa de los numerosos conflictos, enfrentamientos y disturbios que materializan la inestabilidad del continente. Los cuales, a su vez, entorpecen y dificultan un posible desarrollo progresivo y continuado. A todo lo cual contribuyen las variadas formas interesadas (económica y políticamente) intervención externa.

De todas formas, África no puede considerarse como un todo único desde el punto de vista que interesa a este capítulo, que es analizar cómo la inestabilidad interna africana, especialmente cuando ésta se manifiesta en forma de conflicto armado, afecta o puede afectar a la seguridad o a los intereses del mundo desarrollado, especialmente a Europa y a su materialización política, la Unión Europea y los Estados que la conforman, España entre ellos. Ya que, en este aspecto, hay que considerar, al menos, tres Áfricas diferenciadas. La primera sería la franja norte mediterránea y árabe, significativamente más desarrollada, estable y autónoma que el resto del continente. La segunda sería el resto, lo que podríamos llamar la «auténtica» África a los efectos que interesan a este capítulo, que incluiría el África Sahariana o Sahel y el África Negra o Subsahariana,

de la cual es posible excluir la «isla» surafricana (1), que sería, en cierto modo, esa tercera África identificable desde el punto de vista de la posible exportación de inestabilidad, figura 1.

En cualquier caso, para entender los conflictos internos africanos, como para entender cualquier otro tipo de conflicto social, es necesario partir de su característica esencial: ser la forma en que se manifiesta la competencia por el control de los recursos, que, como ya se ha expuesto, al ser éstos en el África en nuestros días especialmente escasos, tiende a tomar formas extremas y violentas, es decir, de conflictos armados para hacerse con el poder político (local, nacional o regional) cratotrópico (2), que permite establecer e imponer las leyes, normas y reglas que concederán el poder económico y sus beneficios a los miembros del propio grupo.

Ahora bien, estas agrupaciones en liza que expresan y representan la división horizontal de la población de diferentes áreas geográficas o territorios y su división vertical en estratos sociales, que en otras partes del mundo, especialmente en el desarrollado al que pertenecemos, se articula bajo las banderas de diferentes Estados e ideologías, materializadas éstas en religiones, en movimientos y partidos políticos, o en ambas cosas a la vez, tiene en África —todavía, es necesario decir— una característica distintiva más, bastante generalizada y preponderante: su fuerte componente identitario (tribal) (3), en el que, en definitiva, acaban subsumiéndose lealtades estatales, religiosas e ideológicas. Lo que, en cierto modo, puede ayudar a facilitar su comprensión y análisis.

Los grandes rasgos de los conflictos armados africanos

Las falsas fronteras coloniales

Este carácter identitario de los conflictos africanos es, en la mayoría de los casos, una herencia histórica derivada de las fronteras artificiales esta-

(1) BOND, Patrick: «L'imperialisme contrarié de Pretoria», *Le Monde Diplomatique*, abril de 2010.

(2) Neologismo utilizado para expresar la tendencia (*tropos*) a dominar sobre (*cratos*) otros grupos sociales en beneficio de los propios intereses, necesidades o aspiraciones.

(3) Los términos tribu, etnia, clan, linaje o similares son ambiguos por no haber unanimidad antropológica de criterio ni precisión lingüística sobre su significado y jerarquía. Por ello se utilizan de forma indistinta a lo largo del texto, prefiriéndose, siempre que es posible, el término «identitario», que sólo implica adhesión subjetiva a un determinado grupo social humano, independientemente de las razones por la que la misma se autojustifique (se racionalice).

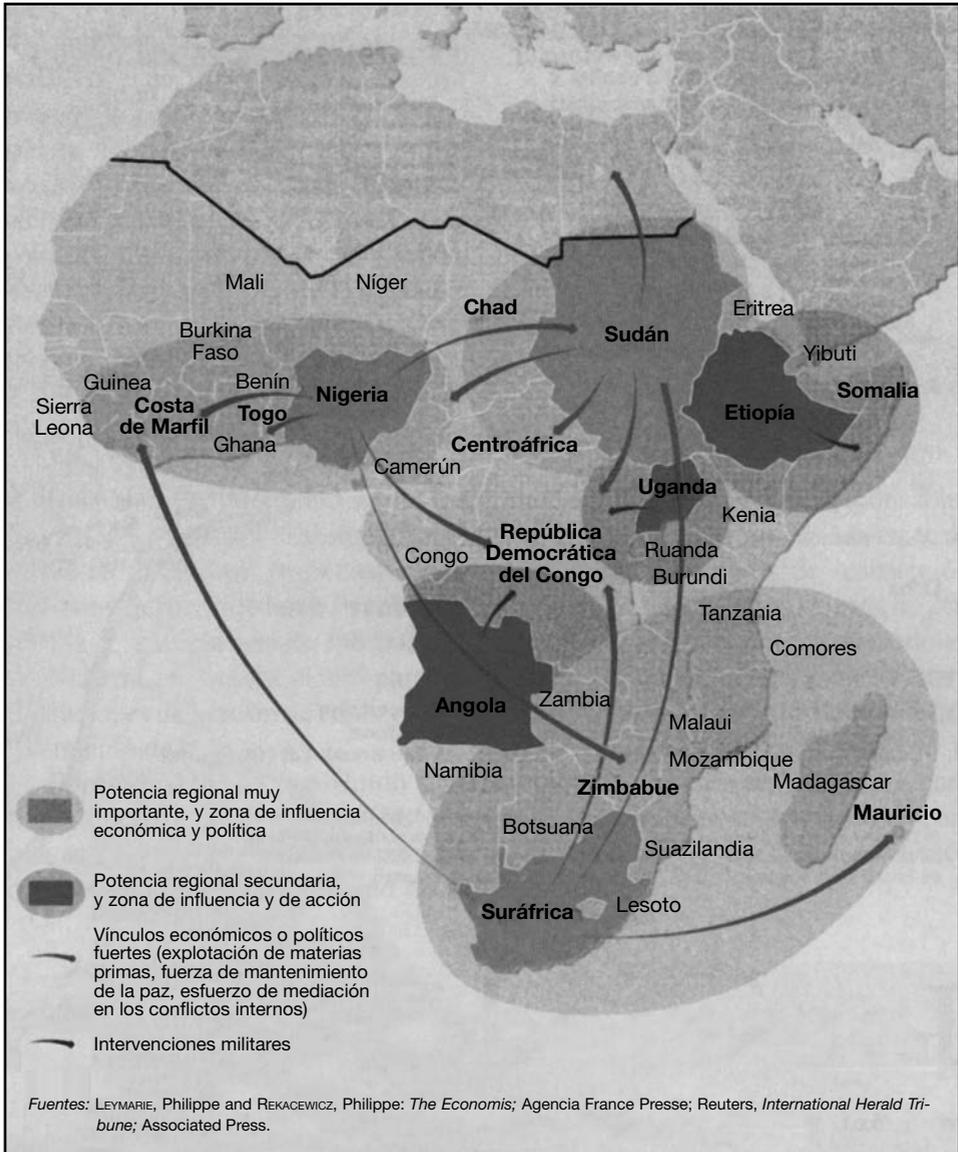


Figura 1.— *Tres potencias emergentes compiten.*

blecidas por los procesos de descolonización de las décadas de los años cincuenta, los sesenta y los setenta del pasado siglo XX, que se manifiesta en las tendencias secesionistas e irredentistas de sustrato tribal que aparecen asociadas a muchos de ellos. Es un factor difícilmente compensable hoy día, como admite la propia Unión Africana —del mismo modo que

hizo su antecesora la Organización de la Unidad Africana (OUA)— que lo refrenda estableciendo como uno de sus principios rectores la inviolabilidad de las fronteras salidas de la descolonización, para evitar la generalización de controversias, la muy probable atomización del continente y la disrupción de los tejidos político, económico y social, creados a lo largo de casi un siglo de gobierno colonial y de más de medio siglo de gobierno independiente, en los que las estructuras tribales, clánicas y de linajes han ido perdiendo efectividad y consistencia, aunque sigan manteniendo su primacía en los aspectos culturales (lengua, creencias y ritos religiosos, tradiciones, tótems y leyendas, etc.) e identitarios (percepciones, lealtades, cohesión social, redes familiares y de asistencia mutua, etc.).

Otra de las consecuencias del mapa, étnicamente desdibujado, de África que dejó la descolonización, más llevada a cabo en función de los intereses de las potencias coloniales que de los de las poblaciones autóctonas (4), es la multiplicidad de actores locales y, en consecuencia, directos, enfrentados en los conflictos africanos, que tanto dificultan sus posibilidades de resolución al tener que atender tan variada gama de intereses contrapuestos. No sólo es raro el país africano en el que no compiten y rivalizan diferentes tribus o etnias por el control del Estado, sino que rara es también la frontera en la que una misma tribu o etnia —o varias compitiendo también entre sí— no se asienta a ambos lados de ella, repartiéndole su lealtad a un Estado o al otro según las conveniencias del momento.

Lo que, en cierto modo, ha evitado muchas guerras interestatales, extraordinariamente escasas en la historia del África independiente, ya que muchas controversias entre países se solventan perturbando la estabilidad del vecino, permitiendo que el territorio propio sea utilizado como santuario de sus grupos rebeldes y disidentes y sosteniéndolos financieramente, armamentística y diplomáticamente. Grupos rebeldes que, en muchas ocasiones pertenecen a la etnia o etnias mayoritarias del país protector, que tampoco es infrecuente que tenga dentro de su territorio algún otro grupo o movimiento rebelde aglutinado por alguna etnia mayoritaria en su país rival.

Un buen ejemplo de ello podría ser la triple frontera congoleña-ugandesa-sudanesa, que los cambios políticos acaecidos en la segunda mitad de la década de los años ochenta del pasado siglo XX van a remover hasta convertirla en uno de los epicentros de la conocida como guerra

(4) HOFNUNG, Thomas: *La crise en Côte-d'Ivoire. Dix clés pour comprendre*, pp. 8-9, La Découverte, París, 2005.

mundial africana (1998-2002). La llegada al poder en Uganda en enero de 1986 del Movimiento de Resistencia Nacional de Yoweri Musevini, amparado por Estados Unidos y Gran Bretaña, avivará la llama de la rivalidad ugandesa con el Zaire de Mobutu (en parte la baza francesa en la zona junto a la Ruanda de Habyarimana) por convertirse en el gendarme del área, así como la animadversión de Sudán, para quien Musevini es un viejo aliado del dirigente John Garang del Movimiento-Ejército Popular de Liberación de Sudán, que combate por la secesión del sur de Sudán desde el año 1983. Una animadversión que la llegada al poder en Jartum del islamizado régimen militar de Al-Bashir y Al-Turabi —Frente Nacional Islámico (FNI)— en julio de 1989, sólo se va a incrementar al conjuntarse las razones geopolíticas con las ideológico-religiosas.

Como consecuencia, Sudán empieza a prestar cooperación al Ejército de Resistencia del Señor (ERS) (inicialmente Ejército de Salvación del Señor), una extraña secta fundamentalista cristiana (lo que en apariencia debería ser incongruente con el apoyo del islamista régimen de Jartum) basada en el territorio *acholi* próximo a la frontera sudanesa, cuyos miembros se creen protegidos en combate por la *dawa* (medicina mágica) de un tal Alice Auma *Lakwena*, tío de su principal dirigente Joseph Kony y fundador de la secta. Como respuesta, el régimen de Kampala comienza a prestar su apoyo al Movimiento-Ejército Popular de Liberación de Sudán.

La rivalidad entre las tribus *nuer* y *dinka* dentro del Movimiento Popular de Liberación de Sudán, dividirá a éste en dos en el mes de agosto de 1991, permitiendo al Ejército sudanés llegar hasta la frontera ugandesa y, en consecuencia, abastecer y acoger con mayor facilidad al ERS ugandés. Una mayor facilidad no exenta, sin embargo, del continuo hostigamiento a que la someten las distintas facciones del Ejército Popular de Liberación de Sudán, por lo que intentará persuadir al presidente zaireño Mobutu Sese Seko, consiguiéndolo a mediados del año 1994, para que le permita abastecer a su aliado y protegido en Uganda a través de la provincia zaireña de Uele (al norte, fronteriza con Sudán y República Centroafricana, que también concederá autorización de paso a los Servicios de Seguridad sudaneses).

No era éste, no obstante, el primer conflicto directo entre Uganda y Zaire, ya que desde la instauración del régimen de Musevini en Kampala en enero de 1986, había encontrado refugio en las mismas tierras zaireñas de Uele e Ituri, el Ejército Nacional para la Liberación de Uganda-

Movimiento *Ruenzururu* (toponímico de la zona y de la etnia de donde procedían la mayoría de sus miembros), formado por partidarios de Milton Obote (a quien había Museveni desalojado del poder) y amparado por el Zaire. Y, como contrapartida (o como punto de partida, porque no parece fácil determinar en estas situaciones quién fue el huevo y quién la gallina), Uganda apoya y abastece la rebelión de las tribus *bahunde*, *batembo* y *banande* (Partido de Liberación Congoleño) en la región de Beni (Kivu Norte), resentidas por la protección que, argumentan, presta el régimen de Kinshasa a los *banyarundas* (inmigrantes ruandeses históricos a la provincia oriental zaireña de Kivu). De forma que, cuando a mediados del año 1994, la guerra civil (1990-1994) y el genocidio ruandés (abril-junio de 1994) hagan de los Kivu (Norte y Sur) la prolongación de las hostilidades entre *hutus* y *tutsis* ruandeses, la triple frontera ya se ha convertido en una gran campo de tráfico de armas y de golpes y contragolpes, represalias y contrarrepresalias de los ejércitos y milicias de la zona, de los que los principales perjudicados son las poblaciones civiles.

Un nuevo frente se abre en enero de 1995, con la creación del Ejército Musulmán de Liberación de Uganda, que declara la guerra al Gobierno de Kampala acusándolo de asesinar a musulmanes ugandeses. El Ejército Musulmán de Liberación de Uganda está fundamentalmente constituido por *bagandas* musulmanes (clases altas y comerciantes) nostálgicos de una monarquía local que Museveni ha reducido a una entidad simbólica, para cuyo combate al Gobierno Central se alían con los *bagandas* cristianos (clases bajas y proletariado) del Movimiento Democrático, en lo que podría considerarse una extraña alianza social y étnica, típica, sin embargo, de los conflictos sociales africanos.

A pesar de que el Ejército Musulmán de Liberación de Uganda recibe, a través del movimiento *tabligh* (movimiento islámico de predicación y ayuda mutua de origen indostánico), fuerte en ambos países, un importante apoyo del Gobierno de Jartum, es diezmado por las Fuerzas Populares de Defensa (Fuerzas Armadas) ugandesas en febrero de 1995, refugiándose en la región zaireña de Ituri, donde contactan con los *intehamues* (milicia *hutu* ruandesa, principal responsable del genocidio de abril-junio de 1994, refugiada en Zaire) y con el Frente de Liberación de la Ribera Oeste del Nilo (guerrilla ugandesa constituida por los partidarios del antiguo dictador Idi Amín Dada, contraria al Gobierno de Kampala) a través de los Servicios de Seguridad sudaneses, que utilizan los aeródromos del área para abastecer a dichos grupos rebeldes.

En este contexto, Sudán consigue cierto nivel de coordinación entre el Ejército Musulmán de Liberación de Uganda, el Movimiento Democrático y el Ejército Nacional para la Liberación de Uganda-Movimiento *Ruenzururu*, bajo la denominación de Fuerzas Democráticas Aliadas, con cuyo apoyo el Ejército sudanés logra expulsar, en agosto de 1995, al sursudanés Ejército Popular de Liberación de Sudán de sus santuarios zaireños de Kaya y Oraba (Uele) y para celebrarlo bombardea desde suelo zaireño el campo de refugiados sudaneses en Uganda de Kobobo.

Las Fuerzas Armadas ugandesas responden atacando, entre septiembre y octubre de 1995, las bases en Sudán del ERS con apoyo del Ejército Popular de Liberación de Sudán, y en los primeros meses del año 1996 sostienen el ataque en suelo zaireño del Partido de Liberación Congoleño (su aliado en el norte del Zaire, enfrentado a Kinshasa) contra las milicias ugandesas (anti Musevini) y congoleñas (pro Mobutu) amparadas por Sudán en el nordeste del Zaire, entre ellas las de los *hutus* ruandeses expulsados de su país en junio de 1994 tras la guerra civil y su correspondiente genocidio (*interahamues* y restos de las Fuerzas Armadas ruandesas), tolerados por Kinshasa en su territorio.

Así, las escaramuzas se van generalizando a lo largo de todo el año 1996, de forma que cuando en septiembre de ese año, el Ejército ruandés (Ejército Patriótico Ruandés) lance su operación en Kivu contra los campos de refugiados *hutus* en suelo zaireño, Uganda verá la oportunidad de librarse de las guerrillas que la hostigan desde Zaire con apoyo y sostén de este país y de Sudán, intentando controlar la porción del territorio congoleño (y sus riquezas) que cree que le corresponde, como Ruanda está haciendo. Sin que Sudán se quede quieto y sin que otros movimientos rebeldes congoleños dejen de aprovechar la oportunidad de poder derribar al régimen de Mobutu.

Como Estados Unidos verá la oportunidad de acabar con una de sus dictaduras protegidas (la de Mobutu en Zaire), que ha dejado de serle útil en su competencia regional con Francia al haber conseguido un régimen aliado en Kigali profundamente antifrancés. Es la guerra de liberación congoleña (1996-1997), a la que seguirán la guerra mundial africana (1998-2002) y la «guerra del este del Congo», que aún dura. Unas guerras que tienen causas y orígenes mucho más amplios que las rivalidades tribales, los secesionismos y los irredentismos de la triple frontera congoleña-ugandesa-sudanesa, pero que se desarrollaron en sus con-

finés, quizás precisamente, porque estas rivalidades facilitaban la intervención externa (5).

El carácter regional

El tipo de situaciones analizadas en el epígrafe anterior, ejemplarizadas por la triple frontera cercana a los Grandes Lagos, son las que le dan un carácter regional, más que puramente interno, a la mayoría de los conflictos africanos, aunque los combates o los disturbios se circunscriban al interior del territorio de un solo país. Lo que hace que las soluciones tengan que ser también regionales o no llegarán nunca a serlo. Algo difícil de conseguir, ya que la propia dinámica de las relaciones internacionales en el mundo actual induce en numerosas situaciones a que un país vecino pueda jugar al mismo tiempo como parte y como árbitro, especialmente, si es potencia regional o simplemente es más poderoso o está «mejor protegido» internacionalmente.

Es el caso, por ejemplo, del intervencionista papel que juegan en el conflicto interno somalí Etiopía y Eritrea, dos países largamente enfrentados, primero: por la guerra de secesión (1983-1991) que condujo a Eritrea a la independencia (de Etiopía) en mayo de 1993; segundo: por el papel que las mismas fuerzas que lucharon en esa guerra por la independencia de Eritrea (Frente Popular de Liberación de Eritrea de Isaiás Zenawi) tuvieron en el derrocamiento del régimen militar etíope de Mengitsu Haile Mariam (1977-1991); y, tercero: por la guerra entre ambos países (1998-2000) por la delimitación de la frontera y por las ricas tierras agrícolas de Badme, Zalambesa y Bure.

El intervencionismo etíope no es sino una de las dos caras del contencioso que enfrenta a Somalia y Etiopía por la región de Ogaden, perteneciente a Etiopía pero de población étnicamente (lengua, religión, clanes, etc.) somalí. De la que la otra cara es, por ejemplo, la invasión somalí de Ogaden en agosto de 1977, que acaba con la derrota de las tropas invasoras (somalíes y milicias del Frente de Liberación de la Somalia Occidental), al inclinarse el bloque del Este —Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), República Democrática Alemana (RDA) y Cuba—, con el que en ese momento se aliaban ambos países, por Etiopía, induciendo la ruptura de Somalia con él y su alineamiento con Estados

(5) PRUNIER, Gérard: *Africa's World War*, pp. 80-88, Oxford University Press, Nueva York, 2009.

Unidos y el bloque occidental, sin necesidad, como ya se expone en otro momento de este capítulo, de modificar ninguna de sus estructuras políticas o económicas.

Así, cuando se produzca, en enero de 1991, la caída del régimen de Siad Barré en Somalia y se inicie la guerra de alianzas variables a múltiples bandas que todavía dura, produciéndose la secesión (de hecho) de la región septentrional de Somalia, Somalilandia (la antigua Somalia británica), Etiopía se apresurará a convertirse en su principal valedor, aunque sin reconocer oficialmente su independencia —como tampoco lo han hecho los numerosos países y organizaciones internacionales, la Organización de Naciones Unidas (ONU) y la Unión Europea entre ellas, que colaboran con ella—, entre otras razones, además de su secular enfrentamiento con Somalia, para poder obtener las salidas al mar que tenía denegadas desde la independencia de Eritrea (y sus no demasiado buenas relaciones tampoco con Yibuti). Como intentará fomentar la autonomía de Puntlandia y de las fracasadas autonomías dentro de Somalia de Yubalandia y la Región Autónoma del Suroeste, ambas en el sur de Somalia y cercanas a su frontera.

De nuevo aparecerá la rivalidad etíope-eritrea cuando en el año 2000 se celebre en Arta (Yibuti) la Conferencia Nacional de Paz Somalí, de la que saldrá (26 de agosto de 2000) el Gobierno Nacional Transitorio (GNT) de Abdiqasim Salad (6), que desde el mismo momento de su constitución debe enfrentarse, además de a sus numerosos problemas internos, al rechazo de Etiopía y de Estados Unidos. La primera, celosa del excesivo protagonismo e influencia en la nueva Administración de Yibuti y Eritrea, y ambos temerosos de la debilidad del nuevo Gobierno frente a lo que empiezan a considerar como el cada vez más temido peligro: la creciente capacidad e influencia de los Tribunales Islámicos Somalíes, que apoyan, en términos generales, al GNT.

La inviabilidad creada por esta situación provocará la necesidad de una nueva Conferencia Internacional, que se celebra a lo largo de los años 2003 y 2004 en Kenia (Conferencia de Eldoret-Nairobi), país alineado con Estados Unidos y Etiopía, de la que saldrá (14 de octubre de 2004) el Gobierno Federal Transitorio de Abdullahi Yusuf, esta vez sí con el respaldo de Etiopía, Estados Unidos y Kenia, que, sin embargo, solamente puede

(6) Respaldo por: Eritrea, Yibuti, Egipto, Sudán, la Unión Africana y la Liga Árabe y reconocido internacionalmente.

instalarse en la ciudad oriental somalí de Baidoa bajo protección etíope, mientras la Unión de Tribunales Islámicos Somalí va ocupando y controlando el resto del país con el apoyo y sostén, entre otros, de Eritrea, que así manifiesta su solidaridad islámica y materializa, una vez más, su enfrentamiento con Etiopía.

La cual, ante el peligro de que caiga en manos islamistas hasta el propio reducto de Baidoa, invade (20 de diciembre de 2006) Somalia, instalando al Gobierno Federal de Transición en Mogadiscio, donde aún permanece a pesar de la retirada etíope (principios de 2009), como consecuencia de los acuerdos que alzarían a la Presidencia somalí al antiguo dirigente de la Unión de Tribunales Islámicos, Sheik Sharif Ahmed, mientras ciertos sectores de éstos (*Al-Shabaab*, fundamental pero no únicamente) continúan cercándolo en Mogadiscio, apoyados, abastecidos y alentados, entre otros, por Eritrea (7).

El identitarismo de las opciones políticas

La preponderancia del factor identitario en las sociedades africanas tiene aún otra manifestación distintiva que también acaba repercutiendo en la forma en que los conflictos se desarrollan en su seno. Los partidos políticos en los diferentes países africanos tienen dos tipos de origen durante el periodo colonial (8). Por un lado, están los partidos que las propias autoridades coloniales favorecían y a cuya constitución inducían, como una forma de mantener el control indirecto de la colonia o protectorado cuando los vientos emancipadores empezaron a soplar en el continente tras la Primera y, sobre todo, tras la Segunda Guerra Mundial. Emancipadores frente a la ocupación colonial y emancipadores frente a las autoridades tradicionales locales, a través de las cuales las potencias colonizadoras, especialmente Gran Bretaña, mantenían el sistema conocido como «dominación colonial indirecta».

Con estos partidos políticos, las potencias colonizadoras buscaban sustituir a éstas cada vez más contestadas autoridades tradicionales locales

(7) VEGA FERNÁNDEZ, Enrique: «El escenario», en VV.AA.: *Crisis somalí, piratería e intervención internacional*, pp. 31-61, Instituto Universitario «General Gutiérrez Mellado», Madrid, 2009.

(8) GARY-TOUNKARA, Daouda: «La crise ivoirienne: le poids de l'histoire coloniale», en *Petit précis de remise à niveau sur l'histoire africaine à l'usage du président Sarkozy*, pp. 241-251, sous la direction de Adame Ba Konaré, La Découverte-Poche, París, 2008-2009.

para mantener su «dominación colonial indirecta» y contrarrestar, al mismo tiempo, a las corrientes anticolonialistas que se les oponían directamente. En función de las cuales, se empezaron a formar el segundo tipo de partidos o movimientos políticos anticolonialistas, autodefinidos en muchas ocasiones como de «liberación nacional», muchos de los cuales no dudaron en acudir a la lucha armada como medio de conseguir sus objetivos. Partidos y movimientos que, especialmente tras la Segunda Guerra Mundial, adoptan nombres y líneas programáticas que tratan de recordar e imitar a sus principales protectores del momento del bloque del Este.

Sin embargo, raro fue el partido de uno u otro tipo que, en última instancia, no podía ser identificado con una etnia o tribu del país o grupo de ellas y cuando no lo era, era porque se subdividía étnicamente en secciones territorialmente identificables. El resultado fue, en términos generales, que los regímenes autoritarios —unipersonales, de partido único o sólo formalmente pluripartidistas— en los que normalmente desembocaron las independencias, se fueron progresivamente etnicizando, con el esperable resultado de que todos los tipos de oposición que les empiezan a surgir, integradas en el sistema o clandestinas, violentas o pacíficas, o autodenominadas de izquierdas o de derechas según estuvieran apoyadas por el Este o por el Oeste, en función de quien apoyara al régimen, lo hacen sobre bases étnicas y superponiendo formalmente sus reivindicaciones «políticas» al sustrato étnico-territorial que realmente las aglutina y las sostiene.

Así, regímenes y oposiciones, buscando ganarse la aceptación y el apoyo de las organizaciones internacionales y de los países desarrollados, temerosos de lo que podría suponer una desmembración en cadena del continente africano, llevan jugando, desde casi prácticamente el inicio de los procesos de independencia, la carta de representar al conjunto de la nación. Como defensores del Estado unido internacionalmente reconocido frente al particularismo y el tribalismo de sus diferentes oposiciones, las élites en el poder, y como patrocinadores de la democratización que acabará con el clientelismo y la concentración de poder étnica que atezan al país impidiendo su desarrollo, las élites en rebeldía, dando lugar a la aparición del concepto analítico que utilizan muchos estudiosos y académicos africanos de «nacionalismo sin nación», fuerte hacia el exterior, pero débil interiormente, debido a las rivalidades identitarias (tribales) internas y a la presencia, mayoritaria en muchas áreas, especialmente fronterizas, de identidades (tribus) consideradas «extranjeras», no porque

sus miembros sean originarios del país vecino, sino porque en éstos reside la mayoría o importantes poblaciones de miembros de esa etnia (9).

Sirvan como ejemplos, un tanto contrapuestos, de estas construcciones nacionales en falso por carecer de fundamentos reales en los que sustentarse, la «marfilidad» (10) y la «autenticidad» propuestas en Costa de Marfil y el antiguo Congo belga, respectivamente, que, en absoluto, pudieron impedir las guerras civiles de base étnica desencadenadas en ambos países, para las que aún no se ha podido encontrar una solución medianamente duradera.

El territorio que debía constituir el departamento administrativo y posterior Estado independiente de Costa de Marfil fue determinado por los franceses en 1893, conteniendo un mosaico de etnias de agrupación y tamaño variables y de imposible datación de instalación en el territorio, debido, entre otras causas, a la continuidad de muchas de ellas en los territorios colindantes, especialmente en el del entonces Alto Volta, hoy día Burkina Faso. A ello, hay que añadir el importante crecimiento económico del país, para los estándares africanos, durante el régimen de Félix Houphouët-Boigny, padre de la nación y su primer presidente tras la independencia en el año 1960, que atrajo a un considerable número de inmigrantes de los países vecinos, especialmente, de nuevo, desde el Alto Volta.

A la muerte de Houphouët en el año 1994, con un 26% de la población inmigrada (de los que el 50% de origen voltense o emparentados con poblaciones voltenses), se desencadena la pugna por su sucesión entre el presidente del Parlamento, Henri Bedié, que es nombrado presidente interino en función de su cargo, y el primer ministro Alassane Ouattara, originario del norte de Costa de Marfil de abuelo voltense y que durante un cierto tiempo había ejercido como director para África en el seno del Fondo Monetario Internacional (FMI) con pasaporte burkinés.

Para evitar que su principal contrincante pudiera disputarle las elecciones previstas para septiembre de 1995, Bedié encarga a círculos universitarios próximos a él, que delimiten (con carácter restrictivo) quién es y quién no marfileño (la marfilidad), de forma que quien no lo sea, no pueda obtener la nacionalidad marfileña y, en consecuencia, no pueda elegir ni ser elegido (con Houphouët, los descendientes de inmigrantes nacidos

(9) GARY-TOUNKARA, Daouda: *opus citada*, pp. 245-251.

(10) «Marfilidad», traducción libre del término *l'ivoirité*, que es el empleado en la francófona Costa de Marfil.

en Costa de Marfil no alcanzaban la nacionalidad, pero podían votar y tener cargos). Así, se decía pretender, se crearía un país unido gobernado por marfileños para los marfileños, olvidando que, al menos, 13 grupos étnicos diferenciados pueblan el país, de los cuales finalmente los cuatro principales grupos del norte serían excluidos de la marfilidad de forma generalizada en función de sus características: musulmanes (el 38% de la población) y de ancestros voltenses (se les denominará, desde entonces, los *dioula*, que en realidad solamente corresponde a una tribu de los *mandé* musulmanes del Norte).

A partir de entonces, la vida política de Costa de Marfil ha estado girando en torno a tres grandes bloques, que se disputan el poder y la propiedad de la tierra —en nombre de la marfilidad— y la protección y apoyo de Francia: los norteños de la Agrupación Republicana de Ouattara (*gurs* y *mandés* musulmanes del Norte), los procedentes de las zonas cacao-teras del centro y el oeste del país (*krous*) del Frente Popular Marfileño (FPI) de Laurent Gbagbo, futuro hombre fuerte del país, y los sureños del Partido Democrático de Costa de Marfil (PDCI) de Bedié (*akans* y *mandés* cristianos del Sur). La marfilidad y el complot extranjero (en alusión a Burkina Faso, pero no únicamente) estarán, desde entonces, detrás de las truncadas elecciones de septiembre de 1995, que dieron la victoria, por ausencia de oposición, a Bedié, del golpe de Estado militar que lo derribará en diciembre de 1999, y de las elecciones de octubre de 2000 que el general golpista Gueï estaba convencido de ganar y pierde, siendo forzado por Francia a abandonar el poder a pesar de la escasa participación (37%), dándole el poder a su nuevo protegido y hombre fuerte del país Laurent Gbagbo (*beté* de los *krou* del corazón del cacao al oeste del país y muy influenciado por la iglesia evangélica norteamericana Foursquare).

Y estarán, como no podía ser de otra manera, detrás de la sublevación (apoyada y sostenida por Burkina Faso y Libia, mientras Francia permanece ambigua y extrañamente «neutral») —en la que se combinan el resentimiento de los excluidos por las purgas y la discriminación y las rencillas política-étnicas de quienes no han podido alcanzar el poder— que, bajo la inspiración ideológica de Ibrahim Coulibay, Movimiento Patriótico de Costa de Marfil (MPCI) y la dirección política y militar de Guillaume Soro (Fuerzas Nuevas), viejos aliados de la Agrupación Republicana de Ouattara (11), estalla el 18 de sep-

(11) Ouattara, al igual que Bedié, deben refugiarse en embajadas occidentales (en la alemana y después en la francesa, el primero, en la belga el segundo), mientras el general Gueï, es asesinado por la represión gubernamental desatada en Abid-

tiembre de 2002 —complementada por la rebelión del Movimiento Popular Marfileño del Gran Oeste y el Movimiento por la Justicia y la Paz en la zona caoftera del oeste del país, sostenidos por la Liberia de Charles Taylor—, dejando, desde entonces, al país dividido en dos partes (con importantes riadas de refugiados en ambos sentidos) entre las cuales han debido desplegarse para evitar la continuación de los combates, la operación *Licorne* francesa y las fuerzas de la Comunidad Económica de Estados del África Occidental (CEDEAO), más tarde sustituidas por la Operación de Naciones Unidas en Costa de Marfil (ONUCI) (12). De este modo, la marfilidad, concebida con la excusa de querer construir un país unificado para los marfileños, lo único que parece haber conseguido es seccionarlo en dos, sino en tres, comunidades (que se autoconsideran marfileñas) fuertemente enfrentadas.

La «autenticidad», por su parte, es el intento llevado a cabo por el presidente Mobutu en el antiguo Congo belga, de reaffricanizar el país y a su población para conseguir su completa (incluida la faceta territorial) sumisión y subordinación, modelándolo y moldeándolo a su imagen y semejanza. De hecho, Mobutu se llega a autodesignar presidente-fundador del nuevo partido único, de la nueva Segunda República y del nuevo Zaire.

El teniente general y presidente Joseph Désiré Mobutu, que reaffricanizaría su nombre como Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu Wa Za Banga, había llegado al poder tras el golpe de Estado del alto mando militar del país (del que era jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas) del 24-25 de noviembre de 1965, iniciando una época (1965-1970) de pacificación, que entre los años 1968 y 1970 había logrado acabar con la década (1959-1970) de guerras civiles, intentos de secesión, intervenciones mercenarias, motines, purgas y asesinatos selectivos que siguió a la independencia (30 de junio de 1960). Un éxito que le haría concebir la posibilidad de perpetuarse en el poder creando un nuevo país (al estilo del nuevo hombre fascista o comunista, muchas de cuyas formulaciones trataría de imitar), cuyo primer paso fue suprimir el multipartidismo en la enmienda de 23 de diciembre de 1970 a la Constitución de 24 de junio de 1967, que crea la Segunda República —elaborada por su propio régimen— dejando a su Movimiento Popular de la Revolución (MPR),

ján en las primeras 24 horas después del intento de golpe, que sólo triunfa en las ciudades del Norte. El hecho de que ninguno de los tres hubiera tomado la más mínima medida de seguridad, permaneciendo en Abidján, ha hecho pensar a los especialistas que ninguno de ellos estaba al tanto de los detalles de la sublevación. (12) HOFNUNG, Thomas: *opus citada*.

como partido único, e incluso como partido-Estado según una segunda enmienda constitucional de 15 de agosto de 1974.

Sociológicamente, este intento de refundación se plasmó en la «zairinización» del país, a la que se acabó denominando la «autenticidad», porque buscaba permitir la eclosión del «auténtico zaireño» frente al «congoleño» creado por la colonización. Una identidad que la población no podía sentir porque se basaba en parámetros, conceptualizaciones, costumbres y sentimientos ajenos procedentes de la cultura occidental, dejando al país enfrentado a solamente dos opciones igual de perversas: la continuación de las disputas fratricidas que habían ensangrentado al país durante los últimos 10 años o la perennidad de la tutela occidental. Recuperando la esencia de los tiempos precoloniales, el nuevo Zaire podría construir su nueva identidad nacional sobre bases igualitarias (no racistas) y autóctonas (auténticas).

Así, el 27 de octubre de 1971, el río Congo recupera su antiguo nombre local de río Zaire y la República del Congo pasa a llamarse República del Zaire, modificándose bandera, himno y emblema nacional (que pasa a ser el leopardo) y produciendo, a partir de este Decreto del Buró Político del MPR, toda una cascada de cambios de nombres y denominaciones topográficas e institucionales, incluida la moneda, que pasa a ser el *kinkole*. La medida llegará hasta legislar (15 de febrero de 1972) que:

«Todo zaireño debe tener un nombre zaireño y añadir al suyo el de sus antepasados.»

Amenazando con sanciones (Decreto-Ley de 30 de agosto de 1972) a los «ministros de culto» que impusieran nombres no zaireños en los bautizos, lo que enfrentará seriamente al régimen con la poderosa Iglesia católica. Un enfrentamiento que no dejará de tener repercusiones en los sangrientos acontecimientos que acabarán con el régimen del general Mobutu en el año 1997.

Pero de todas estas disposiciones para alcanzar la identidad nacional zaireña auténtica, aglutinada y cohesionada en torno al régimen, las que más significativamente se revolverán contra sus precursores, reiniciando el ciclo de inestabilidad, violencia interétnica, intervenciones externas y guerras civiles (devenidas, incluso, en regionales y en la llamada guerra mundial africana), son las relativas a la nacionalidad y a la posibilidad de ostentar la propiedad de la tierra de los inmigrantes ruandeses y burundeses (*banyaruan-das* y *banyamulengues*) en la región oriental congolesa (o zaireña) de Kivu.

En efecto, a esta rica región en recursos mineros y forestales congoleña, los colonizadores belgas, y sus antecesores alemanes en lo que entonces se conocía como Ruanda-Urundi, trajeron, especialmente entre los años 1937 y 1955, una importante masa de trabajadores inmigrantes desde la mucho más densamente poblada Ruanda-Urundi, que se unían a la significativa proporción de *tutsis* y *hutus* (*banyaruandas* y *banyamulengues*) procedentes de la misma región vecina, ya allí establecidos como consecuencia del tradicional trasvase histórico de población entre regiones colindantes. Los conflictos entre *hutus* y *tutsis* en Ruanda y Burundi tras la independencia de los tres países en 1960, produciría una tercera ola de este mismo tipo de inmigración, esta vez mayoritariamente *tutsi* hacia Kivu Norte procedente de Ruanda, y *hutu* hacia Kivu Sur procedente de Burundi.

La recién independizada República del Congo enfrenta el problema que esta inmigración masiva supone en términos de concesión de la nacionalidad y de derecho de voto y de ocupar cargos institucionales, con la Ley Electoral de 23 de marzo de 1960, que concede a los inmigrantes procedentes de Ruanda y Burundi residentes en el Congo durante al menos 10 años (es decir, anteriores al año 1950) el derecho a votar, pero no a ser elegidos. Una norma que es pronto modificada por la Constitución de 1964, según la cual, solamente pueden obtener la nacionalidad congoleña los inmigrantes anteriores a la colonización (1908), excluyendo de esta forma a toda la inmigración del periodo colonial. La autenticidad, sin embargo, se volverá a inclinar por integrar a las poblaciones *banyaruandas* y *banyamulengues*, aliadas de Leopoldville (hoy Kinshasa) frente al secesionismo oriental durante la agitada década de los años sesenta, estableciendo en el artículo 15 de la Ley de 5 de enero de 1972 que:

«Las personas de Ruanda-Urundi que estuvieran establecidas en la provincia de Kivu antes del 1 de enero de 1950 y que hayan continuado residiendo desde entonces en la República del Zaire hasta la entrada en vigor de la presente Ley, adquirieron la nacionalidad zaireña en 30 de junio de 1960.»

Esta prescripción, que tenía la ventaja de ser muy clara e inclusiva, suscitó de inmediato, sin embargo, una gran inquietud en la zona. De un día para otro, la población *banyaruanda* y *banyamulengue*, que constituía hasta un 40% de la de Kivu Norte, podía tener propiedades y ocupar cargos, supuestamente favorecidos, según el resto de la población del área no *hutu* y, sobre todo, no *tutsi*, por los jerarcas del régimen descen-

dientes de ruandeses: el jefe del Gabinete de Mobutu y algunos de los principales cargos del MPR, por ejemplo. Una situación que se agravará sensiblemente cuando a partir de abril de 1994 comiencen a llegar a los Kivu (Norte y Sur) las oleadas de refugiados *tutsis* ruandeses, primero, huyendo del genocidio que se ha desatado contra ellos en su país, y *hutus* ruandeses, después, huyendo de la derrota que el Frente Patriótico Ruandés inflige a las Fuerzas Armadas ruandesas y a las milicias *interahamwe* en Ruanda entre los meses de abril y junio de 1994.

Se rompía, así, el más o menos precario equilibrio étnico de Kivu y se trasladaba a él la tradición de violencia interétnica entre *hutus* y *tutsis* de Ruanda y Burundi. Desde Kivu Norte se intentará reconquistar el poder en Kigali, lo que servirá a Ruanda de racionalización, alegando la necesidad de acabar con el santuario *hutu*, para invadir Zaire en el año 1996 con la cooperación de su quinta columna *tutsi* congoleña. A través de la cual, Kigali y su aliado regional ugandés, en principio en colaboración, incluso, con las propias autoridades de Kinshasa, y la aprobación y visto bueno de Washington y Londres (desplazando, así, a Francia del área), pretenden controlar el rico este de Zaire para beneficio de las grandes multinacionales y de las oligarquías locales africanas.

Es el principio de la llamada guerra de liberación congoleña (1996-1997), de la caída del régimen de Mobutu (17 de mayo de 1997), de la llamada guerra mundial africana (1998-2002) y de las secuelas de ésta en todo el este congoleño que aún duran. Entre las cuales, no la menos importante porque es el origen y la causa de todas las demás, la desestructuración étnica y social que la autenticidad zaireña no sólo no pudo evitar, sino que coadyuvó a agravar (13).

Su ubicación en áreas de alto interés para la economía internacional

Todos estos son los tipos de razones de que, por una parte, sea en muchas ocasiones tan difícil identificar ideológicamente, en función de los cánones occidentales, tanto en el momento actual como durante la guerra fría, a los partidos y movimientos políticos y a los regímenes africanos, que con frecuencia utilizan términos de la cultura política del mundo de-

(13) NDAYWEL È NZIEM, Isidoro: *Nouvelle histoire du Congo*, pp. 534-540, Le Cri Afrique Éditions, Bruselas, 2008.

sarrollado («democrático», «nacional», «socialista», «liberación», etc.) sin que exista una correspondencia real entre ellos y sus referentes programáticos y factuales en el mundo desarrollado. Y la razón, por otra parte, de que ciertos regímenes africanos hayan podido cambiar de «bando» en la escena internacional, adhiriéndose en teoría a los presupuestos de los nuevos protectores, como antes lo hacía a los de los anteriores, sin tener que efectuar ni el más mínimo cambio de sus estructuras políticas o económicas internas.

Sean cambios de «bando» del Este al Oeste (la Somalia de Siad Barré entre los años 1977 a 1980 o Egipto tras la muerte de Nasser) o del Oeste al Este (la Etiopía de la Junta Militar *Derg* entre los años 1974-1977 hasta el golpe de mano interno que daría el poder a Mengistu Haile Mariam), durante la guerra fría. O sean cambios de «protector» en la hasta bien poco situación posterior a la guerra fría de confrontación franco-estadounidense (o franco-anglosajona, si se prefiere), cada vez más debilitada por el progresivo abandono francés de su neoimperialismo africano (racionalizado por los conceptos de la *françafrique* y la francofonía) y la cada vez más influyente presencia de China y Suráfrica, que Estados Unidos intenta compensar con instrumentos como el AFRICOM (*United States Africa Command*), bajo la excusa del paraguas universal de la «guerra total al terrorismo» (14).

Es la ineludible presencia de estas potencias protectoras que tratan de mantener sus intereses comerciales, económicos o geopolíticos, lo que sitúa en muchas ocasiones el lugar en el que las tensiones étnicas, la lucha cotidiana por unos recursos escasos y las rivalidades políticas se transforman en un conflicto armado de larga duración y gran capacidad de expansión y contagio y no simplemente en una discontinua sucesión de disturbios y ciclos de venganzas, represalias y contrarrepresalias, más o menos letales, pero siempre de mucha menor entidad y duración que las guerras fratricidas llevadas a cabo con modernos (y, por tanto, altamente destructores) armamentos y equipos de combate, aunque sigan teniendo las mismas motivaciones identitarias y el mismo sustrato tribal.

Ya que sin el apoyo financiero, logístico y armamentístico directo de dichas potencias o indirecto a través de sus compañías comerciales, incluidas las paramilitares privadas o de mercenarios, hoy día tan de moda en otros

(14) DESLOIRE, Constante: «Quand Washington tente d'implanter son armée», *Manière de Voir*, número 108, Indispensable Afrique, diciembre de 2009-enero de 2010.

escenarios, los enfrentamientos, inevitablemente, sólo podrían quedar reducidos a choques de bandas pobremente armadas con escasa capacidad de traslado (y, por tanto, de expansión y contagio del conflicto y los combates), es decir, a enfrentamientos cuyo nivel de letalidad quedaría a la misma altura que su nivel de motivación: el tribal, utilizando esta vez este término en su sentido más peyorativo en español y no en el neutro (y respetuoso) sentido antropológico con el que se utiliza en el resto del capítulo.

Es por estas razones que los conflictos africanos no sólo suelen ser fronterizos, regionales e identitarios, sino que además suelen estallar en zonas ricas en recursos naturales de gran valor para la economía mundial, pero de poco aprovechamiento inmediato para sus poblaciones. Como serían los ejemplos paradigmáticos y bien conocidos del coltán en el este de la República Democrática del Congo, los diamantes en el área del golfo de Guinea o el petróleo en esta misma zona, como bien ilustró la en su momento célebre guerra de Biafra.

Nigeria accedió a la independencia, con 50 millones de habitantes, el 1 de octubre de 1960, como un miembro más de la Corona británica (la soberana británica mantenía el título de jefa del Estado), como una Federación de tres regiones. Un norte mayoritariamente rural y musulmán poblado principalmente por las etnias *hausa* y *fulani*, dominante durante el periodo colonial británico. Un suroeste (Región Occidental) costero más industrializado, minero y comercial (en el que se asienta la capital del momento, Lagos), mayoritariamente poblado por *yorubas* anglicanizados. Y un sureste (Región Oriental), rico en hidrocarburos (delta del Níger), la principal riqueza del país, mayoritariamente poblado por *ibos* católicos.

El Gobierno correspondió al norteño y musulmán Congreso Popular del Norte, presidido por el *hausa* Abubakar Tafawa Balewa. Permaneciendo la economía en manos de las antiguas compañías del periodo colonial. Principalmente la United Africa Co., filial de la angloholandesa Unilever, en lo que respecta al comercio, tanto interno como externo (importaciones y exportaciones), y la angloholandesa Shell-BP, que empieza a tener que competir con las estadounidenses Esso West Africa y Gulf Petroleum y otras compañías occidentales, en lo referente al petróleo.

Tras separarse de la Corona británica en octubre de 1963 y declararse República Federal, Nigeria vive un breve periodo formalmente democrático, en el que domina la Alianza Nacional Nigeriana, formada por el Congreso Popular del Norte y un pequeño partido, el Partido Unido del Pueblo, escindido de uno de los principales partidos sureños (la Convención

Nacional de Ciudadanos de Nigeria), hasta que el general (*ibo*) Johnson Aguiye Ironsi se hace con el poder en enero de 1966, aprovechando el aplastamiento de intento de golpe de Estado contra el Gobierno legítimamente constituido. Ironsi concede el 50% de las concesiones petrolíferas a compañías estadounidenses y suprime el Estado Federal, lo que provoca grandes disturbios, especialmente en el norte musulmán, donde 30.000 *ibos* son asesinados, produciéndose masivas emigraciones hacia el sur de las etnias minoritarias.

Las drásticas medidas de Ironsi se ven pronto contestadas por un nuevo golpe de Estado seis meses más tarde (julio de 1966), encabezado por el general (*hausa*) Yakubu Gowon. Pero el gobernador militar de la Región Oriental, coronel (*ibo*) Chukwuemeka Odemegwe Ojukwu, que había sido nombrado por Ironsi, rechaza el golpe de Estado, se declara fiel al Estado Federal y mantiene los intereses británicos en la región. Aunque la estructura federal se vuelve a restaurar, fraccionando, eso sí, la Región Oriental, étnicamente *ibo*, en tres Estados, el 30 de mayo de 1967, la Asamblea Regional Oriental proclama la independencia del territorio como República de Biafra.

El 16 de julio de 1967, las fuerzas federales invaden Biafra, iniciándose una guerra de golpes y contragolpes sin grandes combates, de la que la gran perjudicada será la población *ibo* (que quedará finalmente reducida a dos millones de personas), utilizada como «arma de guerra» por los dos bandos (según ciertas fuentes se pudo llegar a cerca del millón de muertos, la mayoría por inanición, no como resultado de los combates). Una situación de la que el coronel Ojukwu supo sacar partido contratando a la empresa de relaciones públicas Mark-Press de Ginebra, que puso las penurias de la guerra (a base de reportajes fotográficos) en las portadas de todos los medios de comunicación mundiales, presentando a los biafreses, primero como cristianos masacrados por musulmanes y añadiéndole más tarde el componente de «aniquilación por inanición». De hecho la guerra de Biafra sería el detonante que iniciaría, con la creación de Médicos Sin Fronteras, la proliferación de grandes Organizaciones No Gubernamentales (ONG) humanitarias y de ayuda al desarrollo que conocemos hoy día.

Pero, en realidad, la guerra de Biafra tenía también otra cara, ya que en el fondo fue una guerra de rivalidad comercial por intermediarios. El Ejército Federal nigeriano estuvo sostenido y alimentado desde el primer momento por Estados Unidos e Italia a través de las filiales de sus compañías petroleras en el área (la URSS, como la OUA, se limitaron a

condenar la secesión, manteniéndose militarmente «neutrales»), mientras el Ejército biafreño secesionista lo era por el Reino Unido (y probablemente Holanda), a través de las filiales de sus propias compañías (Shell-BP, Unilever, etc.), y por Francia a través de Gabón y Costa de Marfil (a través de la *françafrique*). Países que, a pesar de la condena de la OUA, reconocieron, junto a Tanzania y Zambia, a la nueva República de Biafra. Que también contó con el apoyo y colaboración, aunque sin reconocimiento diplomático, del frente «imperialista» africano de la época: Suráfrica, Rodesia y Portugal (entonces africana a través de: Angola, Mozambique, Guinea-Bissau y Cabo Verde).

En cualquier caso, el en gran parte improvisado Ejército rebelde biafreño (que nunca pudo pasar de 40.000 teóricos efectivos) tenía pocas posibilidades de sobrevivir militarmente al mucho más numeroso y mejor dotado Ejército Federal nigeriano, que pasó durante la contienda de 10.500 efectivos a 120.000 (cifra de la que no ha vuelto a bajar). Ni siquiera gracias a la contribución (tampoco tan decisiva) de la célebre IV Brigada de Comandos (mercenarios) dirigida por el alemán Rolf Steiner, que llegó a contar con varios miles de hombres dirigidos por oficiales mercenarios blancos, y de la pintoresca fuerza aérea Minicom (siete aeronaves de la Malmö Flyg Industri), constituida por pilotos mercenarios suecos dirigidos por el conde Carl von Rosen. El 11 de enero de 1970, Biafra se rinde tras un golpe de Estado interno que había derrocado al coronel Ojukwu dos días antes. Gracias a los millones de ojos en todo el mundo que seguían la crisis biafreña y sus desoladoras estampas de hambre y abandono, el final de la guerra no sólo no trajo represión para las comunidades rebeldes (*ibos*), sino que impulsó ciertos programas de redistribución en la zona de los beneficios de la industria petrolera local, probablemente la gran beneficiaria de la disputa étnica *ibo*.

La injerencia extranjera

Este escenario de neocolonialismo político protector, que busca mantener poderes políticos en África (locales, nacionales y regionales) que sostengan estructuras que favorezcan sus intereses económicos, a cambio de conceder una cierta parcela de los beneficios de los mismos a las élites dominantes africanas correspondientes, es otra de las características que inevitablemente hay que tener en cuenta para poder entender y comprender los conflictos armados africanos. En la idea de que no es un parámetro exclusivo de los conflictos africanos, sino una especie de

regla universal, que, sin embargo, en el continente africano es de especial incidencia por su peso específico en las posibilidades de desarrollo y evolución de los conflictos y por la categoría de los actores que juegan papeles primordiales en ellos. A grandes rasgos, dos son las grandes categorías de estos actores externos: Estados extracontinentales y grandes compañías multinacionales mineras, agroalimentarias, farmacéuticas, madereras y, recientemente, petroleras (15). No son dos categorías de actores que actúen independientemente, sino condicionándose mutuamente, ya que, con frecuencia, la intervención de un Estado extracontinental se debe a la voluntad de crear las condiciones adecuadas para que sus propias compañías multinacionales puedan salir beneficiadas, aunque no debe considerarse esta motivación económica como la única, ya que, de igual manera, muchas intervenciones extracontinentales están motivadas por intereses geoestratégicos concretos o de amplio espectro.

Así, en este aspecto, durante la guerra fría, la rivalidad, en África como en el resto del planeta, se estableció fundamentalmente entre el mundo comunista, la URSS y China, básicamente, aunque sin olvidar a Cuba y la RDA, cuyas motivaciones eran básicamente de carácter geopolítico y geoestratégico, y el mundo occidental, del que en África predominaban Gran Bretaña y fundamentalmente Francia, sin olvidar tampoco a Portugal y a la Suráfrica del *apartheid*, para el que a las motivaciones de carácter geopolítico y geoestratégico hay que unir las económicas (obtención de materias primas y mercados).

Es posteriormente, tras la disolución de la URSS y del bloque por ella encabezado, cuando surge en el continente africano la rivalidad franco-estadounidense, que estará detrás, por ejemplo, de la guerra civil (y final genocidio) ruandesa de los años 1990 a 1994 y de todo el conglomerado de problemas, guerras y conflictos en la República Democrática del Congo (Zaire durante una cierta época), y especialmente en el este de la misma (región de los Grandes Lagos), que serán su continuación natural, perdurando hasta nuestros días. Una rivalidad a la que recientemente se está incorporando China, con su peculiar estilo de infiltración económica lo más desprovisto posible de connotaciones políticas, y de la que no pueden excluirse otras muchas: Gran Bretaña, India e incluso Brasil,

(15) DOSSA SOTINDJO, Sebastián: «Pérennité des structures de dépendance et reproduction de sous-développement», en *Petit précis de remise à niveau sur l'Histoire africaine à l'usage du président Sarkozy*, pp. 228- 239, sous la direction de Adame Ba Konaré, La Découverte-Poche, París, 2008-2009.

entre las principales, sin olvidar a Suráfrica, cuya vocación de «dirigente del renacimiento africano» constituye una de las principales líneas de actuación de su política exterior durante los últimos años (16).

Tampoco puede obviarse, hoy día, el protagonismo que juega en los conflictos africanos el tercer tipo de actores que son las grandes organizaciones internacionales, especialmente todo el sistema de Naciones Unidas, con la ONU a la cabeza, la Unión Africana y la pléyade de ONG presentes en todo el territorio africano, haya o no conflicto en él, pero especialmente si lo hay. Ya que otro tipo de organizaciones internacionales, como podrían ser la Unión Europea o la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), deben analizarse como una manifestación más de las actuaciones e intervenciones de los países occidentales que las conforman, frente a la mayor «neutralidad», al menos teórica, con la que se supone que enfocan sus actuaciones ese otro tipo de organizaciones internacionales citado.

Sin la menor intención de devaluar la benefactora y bien intencionada aportación de estas organizaciones internacionales (y sus equivalentes nacionales y subestatales) a la resolución de los conflictos africanos (faceta política) y, especialmente, al amortiguamiento de las penalidades, sufrimientos e injusticias que ellos ocasionan (faceta humanitaria), parece conveniente, sin embargo, hacer mención de las posibles consecuencias desfavorables para una resolución realmente viable y factible, por contextualizada, del conflicto, que sus actuaciones pueden arrastrar bajo ciertas circunstancias.

En primer lugar, habría que mencionar lo que podríamos etiquetar de «síndrome del vuelco total»: la presión que desde el ámbito humanitario se ejerce sobre las opiniones públicas y, consecuentemente, sobre gobiernos y autoridades del mundo desarrollado de forma indirecta, para que las soluciones a problemas de carácter político, de competencia por recursos y de confrontaciones identitarias se resuelvan siguiendo líneas y parámetros característicos de las sociedades desarrolladas (democracia «consolidada», derechos humanos extensos, igualdad de sexos, meritocracia o similares) de las cuales provienen, por origen o formación, sus principales dirigentes y buen número de sus miembros de base trabajando sobre el terreno.

Soluciones ideológicamente ideales pero de complicada, cuando no imposible, aplicación en contextos en los que imperan unas mentalidades,

(16) HOFNUNG, Thomas: *opus citada*, p. 12.

que desde nuestro punto de vista consideraríamos excesivamente tradicionales, en las que priman las necesidades perentorias, por un lado, y las tradiciones, usos, costumbres, lealtades y cohesiones locales, por otro. Unas situaciones a las que podría ser aplicable el aforismo de que «lo perfecto es enemigo de lo bueno», ya que es planteable si no es preferible «suspender» el conflicto y aliviar en lo posible sus peores consecuencias negativas, a contribuir a su prolongación (y la de sus peores consecuencias negativas) hasta ser capaces de alcanzar lo que pueda parecer mínimamente aceptable desde los estándares del mundo desarrollado.

En segundo lugar, habría que citar, también, lo que podríamos denominar el síndrome del «gobierno internacionalmente reconocido». Con frecuencia, grandes organizaciones internacionales, la ONU y la Unión Africana principalmente en África, organizan conferencias internacionales de mediación o arbitraje para negociar la posible resolución pacífica de un determinado conflicto. Pero por muy diferentes razones, no siempre acuden a esta conferencia todas las partes o facciones enfrentadas, con frecuencia por estar las conferencias copatrocinadas o apoyadas por potencias mundiales o regionales que consideran alineadas o protectoras de sus oponentes y, por lo tanto, no imparciales ni neutrales.

De forma que las autoridades y gobiernos que salen de estas conferencias internacionalmente reconocidos sólo mantienen la legitimidad formal que les concede dicho reconocimiento internacional, pero no la capacidad real de imponer las soluciones adoptadas, al menos en las zonas o en los ámbitos en los que las facciones no participantes conservan suficiente capacidad política o militar de obstrucción. Por importante que haya sido el consenso, acuerdo y compromiso alcanzado, que lo ha sido «solamente» entre las facciones y las instancias internacionales participantes. La solución, por parcial, no puede considerarse una verdadera solución, aunque contribuya al prestigio internacional de ciertos dirigentes u organizaciones internacionales.

Un buen ejemplo de la ineficacia, cuando no de su carácter incluso contraproducente, de estas soluciones parciales, forzadas por la necesidad de alcanzar resultados sobre el papel y cara a la opinión pública, son, como ya se apunta en otro momento de este mismo capítulo, los sucesivos gobiernos «transitorios» que lleva disfrutando, o padeciendo según se mire, Somalia durante los últimos 10 años.

En el año 2000, tras unos primeros 10 años de estar el país sumido en una desgastante guerra civil a varias bandas de la que la principal perjudicada

era la propia población somalí: Egipto, Sudán y Yibuti, tres vecinos próximos a Somalia interesados en sus problemas internos cada uno por sus diferentes razones, patrocinan, en la ciudad de Arta (Yibuti), el décimotercer intento de que las distintas facciones somalíes, enfrentadas en una especie de guerra de todos contra todos desde el año 1991, alcancen algún tipo de acuerdo que permita pacificar el país. El esfuerzo contó, desde el primer momento, con el apoyo y aprobación de las grandes organizaciones regionales —IGAD (17), Unión Africana y Liga Árabe—, así como de la propia ONU. Como consecuencia, se logra convocar un Consejo Popular Transitorio Somalí, que tras varios meses de deliberaciones da lugar a una Asamblea Nacional de Transición de 245 representantes, que acaba constituyendo, en agosto de 2000, un GNT, encabezado por el antiguo ministro de Justicia de Siad, Barré, Abdiqasim Salad, rápidamente reconocido por Naciones Unidas y numerosos países.

El problema era que el gobierno de Salad nacía hipotecado por sus propios apoyos internos y externos, o más precisamente por su carencia de suficientes apoyos internos y externos. Interiormente es rechazado por numerosos clanes y milicias somalíes ausentes de la conferencia y del proceso que le había dado la vida, acusado de falta de representatividad y de estar manipulado por exiliados y extranjeros. Externamente, el GNT no contará con el apoyo ni de Etiopía ni de Estados Unidos, recelosos del apoyo que inicialmente le conceden los Tribunales Islámicos Somalíes, incluidos por Estados Unidos en la nómina de la «guerra total al terrorismo», mientras Etiopía ve, tras las nuevas autoridades, la mano y la influencia de sus rivales regionales, Eritrea y Yibuti. La consecuencia de todo ello es la incapacidad del nuevo Gobierno de controlar el territorio y organizar el país, convirtiéndose en una nueva facción más del *pandemonium* somalí, es decir, manteniendo al país en la misma situación de la que se pretendía salir.

Así que, de nuevo, la «comunidad internacional» tuvo que iniciar el proceso, convocando, esta vez en Kenia, una nueva conferencia nacional somalí internacionalmente sostenida, de la que volvería a salir, en octubre de 2004, una nueva Asamblea Federal de Transición y un nuevo Gobierno Federal Transitorio. Como su antecesor, y a pesar de estar

(17) IGAD (*Intergovernmental Authority for Development*) o Autoridad Intergubernamental para el Desarrollo de los Estados del África Nororiental, creada en el año 1986 por: Etiopía, Kenia, Somalia, Sudán, Uganda y Yibuti, a la que más tarde se uniría Eritrea, que volvería a abandonarla.

internacionalmente reconocido como él, y por muy parecidas razones internas y externas, aunque esta vez los principales actores se hallen situados en las posturas de apoyo —rechazo opuestas, las nuevas autoridades no pueden ni siquiera establecerse en la capital Mogadiscio hasta que sean llevadas hasta allí— y amparadas allí por las fuerzas etíopes que invaden el país en diciembre de 2006. Una situación que, con pocas variantes, es la que se mantiene hoy día todavía, cerca de cuatro años después de que la «comunidad internacional», signifique lo que signifique este término, volviera a confundir (sincera o hipócritamente) «sanción internacional» con «resolución del conflicto».

Así pues, el escenario más común que podemos encontrar en un conflicto interno africano es el de un conflicto a múltiples bandas de alianzas variables, en el que Gobierno y rebeldes, o grupos enfrentados si incluso el Estado ha llegado a desaparecer, representan diferentes intereses étnicos —aunque ambos pretendan representar el «interés nacional»— que asumen nomenclaturas y discursos copiados de referentes del mundo desarrollado, sin necesidad de que exista correspondencia entre sus significados en ambas latitudes, cuyo principal objeto es atraer la complacencia de las opiniones públicas, de forma que las instancias internacionales puedan racionalizar y justificar los apoyos financieros, diplomáticos y militares al bando que consideren mejor situado para satisfacer sus intereses económicos o geoestratégicos, o los de sus empresas multinacionales interesadas en el área.

Facciones en liza, mediante las que países vecinos dirimen sus controversias por los intermediarios que representan las minorías étnicamente emparentadas con las élites en el poder, o con sus aliados, de cada uno de los países enfrentados —no necesariamente sólo dos— asentadas en el país vecino. Lo que le da a la inmensa mayoría de los conflictos africanos el carácter de regional, si no en su faceta de lucha armada sobre el terreno, sí en el las posibilidades de resolución a mayor o menor plazo.

¿Cómo pueden afectar los conflictos africanos a los países desarrollados?

Amenazas a los intereses económicos

Sean cuales sean la causas: históricas, identitarias, de competencia por recursos (para su utilización o para su exportación) o políticas (ideológicas o por adhesión a un protector externo o ambas), las formas en que

estos conflictos pueden afectar al mundo desarrollado pueden agruparse en tres grandes aspectos: las amenazas a los intereses económicos, los riesgos de desestabilización interna y el ámbito de los compromisos ideológicos. Como amenazas a los intereses económicos pueden considerarse factores como el desabastecimiento de materias primas, la pérdida de mercados, la interrupción de actividades comerciales, o la interrupción o inseguridad de vías y redes de transporte. Dependiendo, como es natural, la peligrosidad de estas amenazas de la importancia económica de la actividad afectada (valor, disponibilidad o urgencia de la mercancía o intercambio de que se trate en cada caso).

Dos buenos, que no únicos, ejemplos de cómo los conflictos africanos pueden ocasionar graves daños a las economías desarrolladas si llegan a producir desabastecimientos significativos y relativamente duraderos de ciertas materias primas serían, por un lado, la posibilidad de que los conflictos en el este de la República Democrática del Congo (región de los Grandes Lagos) interrumpiese el abastecimiento de coltán (mezcla de columbita y tantalita) a las industrias de componentes electrónicos avanzados del mundo occidental, ya que de esta mezcla mineral se obtienen algunos de los elementos básicos para la fabricación de las últimas generaciones de condensadores electrolíticos indispensables en satélites artificiales, armas teledirigidas, ordenadores, GPS, pantallas de plasma, teléfonos móviles, televisores, videoconsolas, y aparatos miniaturizados de reproducción auditiva y visual (PDA, MP3, MP4, etc.). Y esta región congoleña posee el 80% de las actuales reservas conocidas de esta mezcla mineral. Y, por otro, la posibilidad de que los conflictos de la región del golfo de Guinea interrumpiese la explotación de petróleo en el área, que cada vez más, Estados Unidos principalmente, pretende convertir en la alternativa de reserva a posibles disrupciones en Oriente Medio o el Cáucaso.

Íntimamente relacionada con esta posibilidad de desabastecimiento energético está la posible incidencia de un conflicto africano en vías o rutas de transportes estratégicos (tanto desde el punto de vista económico y comercial, como, en su caso, podría llegar también a serlo desde un punto de vista militar), como es el caso actualmente bien conocido de las actividades de piratería en el mar Rojo, el estrecho de Bab el-Mandeb y el golfo de Adén. Todo ello sin olvidar las repercusiones que cualquier conflicto africano, como en cualquier otra parte del mundo, tiene sobre la generalidad de las actividades comerciales de una economía capitalista, como la occidental del mundo desarrollado, basada en la necesidad de una constante expansión y de una permanente obtención y consolida-

ción de nuevos mercados. Mercados que desaparecen o se debilitan significativamente debido a la propia esencia destructiva y de consumo improductivo de recursos que representa un conflicto, especialmente si es armado, una guerra.

Si bien, esta faceta, como en cualquier otra guerra a lo largo de la Historia, pero siendo especialmente evidente en los conflictos africanos posteriores a la época de la descolonización, tiene una doble cara. Ya que, si bien, estas guerras locales, o más generalizadas, como habría sido la ya varias veces mencionada guerra mundial africana, que implicó a una decena de países africanos en la República Democrática del Congo entre los años 1998 y 2002, suponen una importante disrupción de las actividades comerciales generales en la zona, gran parte de ellas tienen también como principal causa y origen el control de la extracción de materias primas, que una vez comercializadas adquieren un alto valor añadido. Y de nuevo se nos presentan como ejemplos paradigmáticos de este tipo de situaciones, la República Democrática del Congo en relación con el coltán o el oro, el golfo de Guinea: Guinea, Sierra Leona, Liberia y Costa de Marfil en relación con los diamantes o Angola en relación con el petróleo. Guerras en las que las disputas territoriales, tribales o por los recursos han podido prolongarse en el tiempo e incrementar su ferocidad y letalidad, gracias al sostén financiero y armamentístico de las grandes compañías comercializadoras del mundo desarrollado, a través de las correspondientes redes mafiosas de tráfico clandestino, y al apoyo político y diplomático que los países occidentales y sus aliados y protegidos regionales han proporcionado a alguno de los bandos en disputa, para favorecer los intereses comerciales de sus empresas nacionales involucradas.

Riesgos de desestabilización interna

Por su parte, los riesgos de desestabilización interna que las sociedades desarrolladas pueden sufrir debido, aunque sea indirectamente, a conflictos acaecidos en las alejadas (o no tanto) tierras africanas se dan, hoy día, en dos grandes terrenos. En primer lugar, en el terreno de la emigración, cuando ésta se produce de forma masiva (excesivamente numerosa o desproporcionada), concentrada (en el tiempo o en el espacio), clandestina (no regulada) y constituida por los estratos más bajos de las sociedades de emigración (personas sin formación ni cualificación) o cuando ésta toma la forma de oleadas de refugiados por razones po-

líticas o de seguridad (cuyas características e incidencia son claramente diferenciables de las correspondientes a la emigración por razones económicas o de subsistencia). Una situación, que sin haber llegado a ser dramática, ni siquiera peligrosa, como en algunos momentos y desde ciertos sectores se ha querido presentar, España, como en general toda la ribera mediterránea europea, conoce bien en nuestros días.

Si bien esta emigración, producto directo del subdesarrollo histórico y del que poco a poco van acumulando y aumentando las diferentes velocidades con las que en África crecen, en términos generales, población y producto interior bruto, es estructural y de causa puramente económica, es evidente que cualquier conflicto, especialmente si es armado, puede provocar incrementos sustanciales de estos flujos migratorios en espacios de tiempo relativamente breves, bien directamente desde el lugar del conflicto, bien indirectamente al producir las masas de desplazados y refugiados en las áreas colindantes al conflicto, una importante disrupción del tejido social y económico y una escasez de recursos locales, que inciten a la población de las zonas de acogida a unirse a las corrientes migratorias de naturaleza económica, cuyo último destino pretendido son los países desarrollados.

Pero también, hoy día, las sociedades desarrolladas del Norte, especialmente las europeas, pueden ver afectada su estabilidad interna cuando las concepciones políticas islamistas, progresivamente crecientes en todo el mundo musulmán y, por lo tanto, también en más de la mitad del continente africano, se radicalizan (islamismo yihadista), adoptando la lucha armada como medio de acción y reivindicación y ampliando su ámbito de actuación y combate contra las sociedades occidentales, supuestamente protectoras, sostenedoras e inductoras de las autoridades locales de sus respectivos lugares de origen, contra las que, inicialmente, se han rebelado (o con cuya «neutralidad» pueden contar como alianza táctica local).

Sea en forma de acciones terroristas directas en suelo europeo o contra intereses occidentales en sus propias áreas de actuación, sea en forma de secuestros para obtener rescates con los que obtener recursos financieros o para intercambiar a los retenidos por detenidos de sus organizaciones en las cárceles europeas o de los propios países africanos. Una situación que está empezando a generalizarse en el área del Sahel de la mano de la recientemente constituida Al Qaeda del Magreb Islámico, agrupación más o menos formal y unificada de previas orga-

nizaciones islamistas violentas, especialmente del argelino Grupo Salafista para la Predicación y el Combate, del que se considera principal heredera.

Ámbito de los compromisos ideológicos

Por último, con el ámbito de los compromisos ideológicos se quiere dar a entender la presión, procedente en gran parte de sus propias opiniones públicas, a la que se ven sometidos, en el mundo actual, los gobiernos y autoridades del mundo occidental, de intervenir en determinadas situaciones que hoy día caen dentro de conceptos que se están imponiendo en el ámbito de las relaciones internacionales, como la seguridad humana y su corolario la responsabilidad de proteger. Durante mucho tiempo, a lo largo de todo el periodo histórico de la guerra fría, los conceptos de paz y seguridad imperantes en el ámbito de las relaciones internacionales eran los derivados de la Carta de Naciones Unidas, concebida y redactada tras las masacres que supusieron las dos grandes guerras mundiales de los años 1914 y 1939, como demuestra el hecho de que dicho documento se inicia con la expresiva sentencia de que:

«Nosotros los pueblos de Naciones Unidas, resueltos a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la humanidad sufrimientos indecibles.»

En función, pues, de esta perspectiva, la paz se concebía exclusivamente como una paz auténticamente internacional, es decir, entre naciones y la seguridad se interpretaba como la seguridad nacional de todas y cada una de las naciones soberanas, de forma que la agresión entre ellas resultase inviable.

Pero a partir de la década de los años noventa del pasado siglo XX, en la que el mundo pasa de una situación de poder bipolar a una de poder unipolar y especialmente tras la contundente respuesta de la potencia hegemónica de ese poder unipolar, Estados Unidos, a la invasión del emirato de Kuwait por Irak, la probabilidad de que estalle un conflicto armado clásico entre naciones quedó significativamente reducido (excepto en el específico escenario árabe-israelí), saltando a la primera línea de las preocupaciones internacionales las guerras civiles y conflictos internos que hasta entonces habían quedado más o menos enmascarados

como parte del gran juego de rivalidades por intermediarios de las dos grandes potencias y sus principales aliados.

Así, empieza a aparecer en el ideario internacional el concepto de seguridad humana, según el cual toda persona, por el mero hecho de serlo, tiene derecho a que se le respeten ciertos derechos elementales, a la vida, a no ser torturado, a no ser expulsado de su lugar habitual de residencia o trabajo, etc., convirtiendo la seguridad internacional en una seguridad que debe ser, al mismo tiempo, nacional y humana, sin que se pueda prescindir de ninguna de las dos, y la paz internacional en no sólo la ausencia de guerra (paz negativa), sino también en la ausencia de condiciones que la puedan propiciar o fomentar (paz positiva).

Unos derechos elementales de toda persona, por el mero hecho de serlo, que, en teoría, corresponde garantizar, en primer lugar, a las autoridades naturales (locales, regionales y nacionales) de donde esas personas se encuentran, pero que la realidad ha demostrado de muy difícil consecución en estos escenarios de confrontación civil, donde dichas autoridades naturales son precisamente las de uno de los bandos enfrentados. Así pues, poco a poco, la responsabilidad de que la seguridad humana se respetase en cualquier circunstancia empezó a hacerse recaer en las grandes organizaciones internacionales, bien en Naciones Unidas directamente, bien en cualquiera de sus organizaciones regionales subsidiarias, especialmente en aquellas, como la OTAN o la Unión Europea, cuyos países miembros son los que fundamentalmente están en condiciones de poder llevarlo a cabo, dada su potencia e influencia política, económica, ideológica y militar.

El resultado final de todo este proceso es, por tanto, que las numerosas situaciones de necesidad de asistencia humanitaria, de violación grave, sistemática y continuada de los derechos humanos, y de reconstrucción física e institucional, que provocan los conflictos internos africanos, han acabado por crearle a los países desarrollados, en cierta forma, la obligación «moral», porque así se lo exigen sus propias opiniones públicas y las de los demás países, y la propia propaganda de que por sí mismos llevan haciendo sus élites desde el final de la guerra fría, de intervenir para acabar con ellas y restaurar la seguridad humana de las poblaciones afectadas, con los consiguientes desgaste político (injerencia en los asuntos internos de otro Estado soberano, contraviniendo el principio de no intervención establecido en la Carta

de Naciones Unidas), coste económico y, en muchos casos, pérdida de vidas humanas, que ello supone.

La intervención militar extranjera en los países del continente para la gestión de crisis (18)

Intentar establecer las muy diferentes modalidades a través de las cuales las diferentes grandes potencias, las antiguas potencias coloniales, las emergentes, las regionales o las comerciales y económicamente poderosas intervienen e influyen en los conflictos internos del continente africano excedería, con mucho, las posibilidades de un solo epígrafe de un capítulo como el presente. Por ello, no queda más remedio que limitarse a algún aspecto concreto de las mismas. Y, dado que el capítulo se centra en conflictos armados, es decir, en la utilización de fuerzas o grupos armados que combaten o están en condiciones de poder combatir, centraremos el epígrafe en el mismo sentido, en las intervenciones de carácter militar, a nivel nacional o multinacional, que, con la finalidad de contribuir a resolver algunos de estos conflictos, se han dado a lo largo de la Historia desde la época de las independencias del continente africano negro (sobre el que ha tratado todo el capítulo, eludiendo, de forma intencionada, por falta de espacio, el África del Norte mediterránea y árabe). Pero incidiendo especialmente en las que se dan en la actualidad y en las modalidades que las mismas representan.

Para ello, se va a dividir el continente africano en cuatro grandes áreas, siguiendo el orden cronológico en el que las operaciones de mantenimiento y consolidación de la paz de la ONU han hecho su aparición en cada una de ellas: la región de los Grandes Lagos, el Cono Sur Africano, el golfo de Guinea y la franja del Sahel. En la idea de que si bien es cierto que los diferentes conflictos políticos y armados que se han dado en cada una, están relacionados y concatenados de alguna forma entre sí, en función de su carácter regional, transfronterizo e identitario, como se ha visto a lo largo de este capítulo, no lo es que lo mismo no ocurra entre conflictos de las diferentes áreas seleccionadas, que solamente lo han sido a efectos de sistematización y en aras de la claridad expositiva.

(18) Para todos los subepígrafes de este epígrafe se ha utilizado como bibliografía básica las páginas *web* de Naciones Unidas, en: www.un.org/es/peace y de la Unión Europea, en: www.consilium.europa.eu/es/peace, además de la específica que pueda citarse en cada caso.

La intervención militar extranjera en la región de los Grandes Lagos

Sin olvidar que las operaciones de mantenimiento de la paz de Naciones Unidas se gestan precisamente en la parte del continente africano intencionadamente eludida en este capítulo (la ribera mediterránea árabe), al incluir el Sinaí egipcio tanto la ONU para la supervisión de la tregua entre Israel y los países árabes tras la primera guerra del año 1948, que «inventa» las misiones de observación y las operaciones de mantenimiento de la paz, y, posteriormente en el año 1956, la fuerza interina de Naciones Unidas para interponerse entre estos mismos países tras la crisis de Suez, que «inventa» las fuerzas de mantenimiento de la paz, la primera intervención plena de Naciones Unidas en África se produce en el Congo recién independizado de julio de 1960.

Esta Operación de Naciones Unidas en el Congo (ONUC, julio de 1960-junio de 1964, 400 millones de dólares) no sólo fue la pionera en África y el gran antecedente de otras muchas en el área de los Grandes Lagos, sino que será, asimismo, la precursora de modalidades y actuaciones que no mostrarán su plena vigencia hasta prácticamente nuestros días. La razón es que las fuerzas de la ONU se encontraron allí, por primera vez, con lo que hoy día se suele llamar un «Estado fallido» o un país desestructurado, en el que diferentes facciones rivalizaban por el poder empleando tanto procedimientos electorales, como de agitación, como de uso de la violencia. En el que ciertas regiones y grupos étnicos buscaban secesionarse, en nombre de sus específicas particularidades identitarias, para no tener que compartir los beneficios de sus abundantes recursos naturales. En el que compañías mineras y forestales privadas con intereses económicos en el área intervenían descaradamente en los sucesivos y múltiples conflictos, apoyando y sosteniendo financieramente a diversas milicias y partidas, con el beneplácito y aquiescencia de sus Estados de origen: Bélgica y Francia fundamentalmente. Y en el que empresas paramilitares privadas (entonces llamadas de mercenarios) se convirtieron en uno de los principales actores del conflicto a múltiples bandas.

Así, ONUC inauguró muchos de los cometidos que hoy día vemos como habituales y normales en la gestión internacional de crisis empleando recursos militares. Como la mediación directa de una fuerza militar entre facciones, la supervisión de la retirada y repatriación de fuerzas extranjeras (el Ejército belga todavía acantonado en el país e interviniente en el conflicto interno en defensa de sus nacionales), la formación y preparación de un

nuevo Ejército congoleño y de una nueva Policía congoleña —reforma del sector de la seguridad) o la expulsión (*manu militari*) de actores violentos foráneos «paramilitares y mercenarios extranjeros», según reza la propia resolución 169 del Consejo de Seguridad que asigna esta misión a la ONUC) —.

Para todo lo cual, ONUC también tuvo que ser pionera en el uso de la fuerza para el cumplimiento de su mandato, incluso hasta límites que nunca hasta muy recientemente —su sucesora la Misión de Naciones Unidas en el Congo (MONUC), también, curiosamente, en el Congo— han tenido que utilizar (o podido utilizar) las fuerzas de Naciones Unidas, como el uso de aviación de combate (cedida por: Etiopía, India y Suecia) o el desencadenamiento de grandes y prolongadas operaciones ofensivas (la operación *Jacaranda* en el invierno de 1962 contra la Gendarmería katanguesa y los grupos mercenarios que la apoyaban). Razón por la cual, ONUC llegó a disponer de más de 20.000 efectivos militares, una entidad que no volvería a repetirse en una operación de Naciones Unidas hasta tiempos muy recientes. Y convirtiéndose, de igual forma, en la precursora de la distinción establecida sólo muy recientemente por los documentos de Naciones Unidas entre «imparcialidad» y «neutralidad», según la cual, por la primera las fuerzas de Naciones Unidas no deben influir ni condicionar el resultado político del conflicto ni el militar de los combates, pero sin ser neutrales frente a hechos que sean considerados delictivos por el Derecho Internacional o el Derecho Internacional Humanitario, como la agresión por agentes externos (la situación que podía considerarse en el Congo en esta época) o la violación grave, sistemática y masiva de los derechos humanos (en función de la cual establecerían Naciones Unidas la distinción entre ambos conceptos bastantes años más tarde).

Aunque esta intervención de Naciones Unidas y la decantación de las grandes potencias occidentales: Estados Unidos y Francia, fundamentalmente por el mantenimiento del régimen autoritario de Mobutu Sese Seko apaciguará la mayoría de las controversias identitarias, sus rescaldos quedarán vivos en el este del país, en la llamada región de los Grandes Lagos, combinándose con los específicos de los países limítrofes, especialmente Ruanda y Burundi, hasta acabar entrelazándose con ellos para dar ocasión a la serie de nuevas operaciones de Naciones Unidas que deben desarrollarse en el área a partir de la década de los años noventa del pasado siglo XX. La Misión de Observación en la frontera entre Ruanda y Uganda (UNOMUR, junio de 1993-septiembre de 1994, dos millones de dólares) para supervisar la no utilización del

territorio ugandés como base de partida del Frente Patriótico Ruandés en sus ataques al territorio ruandés.

Su complementaria la Misión de Asistencia de Naciones Unidas en Ruanda (UNAMIR, octubre de 1993-marzo de 1996, 454 millones de dólares) a los acuerdos de cese de hostilidades entre el Frente Patriótico Ruandés y el gobierno de Kigali. O la Operación de Naciones Unidas en Burundi (ONUB, junio de 2004-diciembre de 2006, 678 millones de dólares) para coadyuvar al cumplimiento de los acuerdos de cese el fuego entre las diversas facciones de la guerra civil en este país. Para, de alguna forma, refundirse en una sola y nueva operación, MONUC, noviembre de 1999-junio de 2010, 1.243 millones de dólares anuales), cuando a partir del año 1996 los conflictos en estos tres países se entrelacen, exigiendo, en consecuencia, soluciones también entrelazadas.

Mereciendo la pena destacar que la ONUB, no es sino la continuación de otras dos operaciones de gestión de crisis exclusivamente africanas, la Fuerza Surafricana de Apoyo a la Protección (SAPSD, octubre de 2001-junio de 2003) (19) y la Misión de la Unión Africana en Burundi (MUAB, junio de 2003-junio de 2005), que inaugura las operaciones de mantenimiento de la paz y de gestión de crisis de esta organización continental africana.

El conflicto civil en Burundi data del mismo momento de la independencia del país en julio de 1962, en el que, debido a la previa acción colonial, existía una clara preponderancia cultural, educativa, económica y militar (la mayoría de los oficiales de la Gendarmería y de las Fuerzas Armadas eran *tutsis*) de la minoría *tutsi* (15% aproximadamente de la población) sobre la mayoría *hutu* (algo menos del 85% aproximadamente de la población), que se traduciría rápidamente en un control sobre el aparato del Estado incompatible con el «dominio democrático» que debía corresponderle a la mayoría *hutu*.

Los últimos años de la década de los años ochenta del pasado siglo XX verán aparecer dos tipos de reacciones a este generalizado dominio *tutsi*: la aparición de partidos exclusivamente *hutus* que pretenden combatirlo electoralmente y la aparición de movimientos guerrilleros que buscan hacerlo por la vía de las armas, sumergiendo al país en una continuada y prolongada guerra civil.

(19) SAPSD (*South African Protection Support Detachment*, en sus siglas en inglés).

La mediación internacional, en la que juegan un papel destacado la Unión Africana y el presidente sudafricano Nelson Mandela, consigue que se alcance, en agosto de 2000, el Acuerdo de Paz de Arusha (Tanzania) por 19 partidos y movimientos de ambas etnias, para supervisar el cual y apoyar su cumplimiento desplegó en el país la citada SAPSD (700 hombres), que contribuirá significativamente a que en diciembre de 2002 pueda firmarse en la misma ciudad de Arusha un acuerdo complementario de alto el fuego, que incluía la propuesta de despliegue de una operación de mantenimiento de la paz de la Unión Africana.

Una operación, la MUAB, que sustituyó a la SAPSD, incluyéndola, en junio de 2003, con unos efectivos de 3.250 militares procedentes de diversos países africanos y apoyándose en un importante sostén logístico, administrativo y de mando y control en Naciones Unidas a través de su vecina MONUC, desplegada en la República Democrática del Congo. Operación que acabará asimismo integrándose en la ONUB, junio de 2004-diciembre de 2006, cuando ésta sea establecida por el Consejo de Seguridad en junio de 2004. De los principales elementos de su mandato, la creación y mantenimiento de un ambiente general de seguridad que permitiese la continuación de negociaciones y el desarme, desmovilización y reintegración de los grupos armados, la MUAB solamente conseguirá tener éxito en el primero, ya que el segundo apenas si logró iniciarse, pero, en cualquier caso, sirvió para que sobre su esquema inicial, sus experiencias y sus carencias (fundamentalmente, de capacidad de financiación y de sostenimiento), la Unión Africana pudiera concebir futuras operaciones (los llamados «concepto MUAB» o «modelo Burundi») (20).

De todas estas operaciones, será la MONUC, como ya se ha apuntado, especialmente en los últimos años de su mandato, la que herede en gran medida la amplitud de mandato y de prerrogativas de las que dispuso ONUC de una forma mucho menos explícita y formal, dado el incipiente estado de las operaciones de mantenimiento de la paz en aquel momento. Como el de la MONUC, el mandato de la ONUC abarcaba toda la entonces República del Congo, hoy República Democrática del Congo, aunque solamente estuviera autorizada a utilizar la fuerza en operaciones ofensivas (uso estratégico de la fuerza) en una determinada región,

(20) VEGA FERNÁNDEZ, Enrique: *Operaciones militares de gestión de crisis. Tipos, evolución y características*, pp. 189-194, Instituto Universitario «General Gutiérrez Mellado», Madrid, 2010.

Katanga, para expulsar y repatriar a «los paramilitares y mercenarios extranjeros» y reducir a la rebelde y secesionista Gendarmería katanguesa, como en sus últimos tiempos MONUC sólo ha estado autorizada a utilizar la fuerza en operaciones ofensivas en la región de los Kivus para reducir, en un primer momento, al mayoritariamente *banyarunda* (*tutsi*) Congreso Nacional para la Defensa del Pueblo (CNDP), cooperando para ello con las Fuerzas Armadas de la República Democrática del Congo (FARDC) y, en última instancia, con las Fuerzas Armadas ruandesas (antiguo Ejército Patriótico Ruandés), inicialmente promotoras y sostenedoras del mayoritariamente *tutsi* CNDP, único momento a partir del cual éste ha podido ser «forzado» (acuerdos del 23 de marzo de 2009) a convertirse en un partido político y abandonar las armas, a cambio de una amplia y generosa amnistía.

Y, en un segundo momento, situación en la que se encuentra actualmente, para reducir al grupo armado ugandés ERS y a las ruandesas (mayoritariamente *hutu*) Fuerzas Democráticas de Liberación de Ruanda (FDLR), formadas por los residuos de los *interhamue* y de las Fuerzas Armadas del antiguo régimen de Kigali, actuando en el interior del Congo, en operaciones conjuntas con las Fuerzas Armadas de la República Democrática del Congo, Uganda y Ruanda.

A partir de este momento es cuando Naciones Unidas han considerado (resolución 1925 de 28 de mayo de 2010) que la República Democrática del Congo entraba en una nueva fase al no quedar ningún grupo armado importante constituido mayoritariamente por oriundos del país levantado en rebeldía contra el Gobierno de Kinshasa, por lo que se podría adoptar el enfoque de las operaciones de estabilización, esta vez llevada a cabo por las propias Naciones Unidas y no por organizaciones regionales (como la OTAN en Bosnia-Herzegovina y Kosovo) o coaliciones coyunturales (en Timor Oriental y en Afganistán), uniendo así, en una sola operación la estabilización y la consolidación de la paz, hasta ahora solamente procesos paralelos llevados a cabo por diferentes organizaciones internacionales. Éste es el sentido de la sustitución —por la resolución 1925— de MONUC por la Misión de Estabilización de Naciones Unidas en la República Democrática del Congo (MONUSCO) a partir del 1 de julio de 2010.

MONUSCO, amparada como su antecesora por el Capítulo VII de la Carta de Naciones Unidas (autorización para el uso estratégico de la fuerza armada) y compuesta por 20.000 efectivos militares y 1.500 policiales, además de sus componentes civiles, ha recibido el mandato de concen-

trarse en el este del país (Kivu Norte, Kivu Sur y Provincia Oriental) para, además de sus cometidos de consolidación de la paz: desarme, desmovilización y reinserción, reforma del sector de la seguridad, desminado y apoyo a los procesos electorales y a la reconstrucción institucional del país, llevar a cabo tareas del ámbito de la estabilización como la protección de civiles (congoleses y expatriados) frente a actos violentos, el apoyo a las autoridades congoleñas en la lucha contra la explotación y comercio ilícito de recursos naturales y, sobre todo, la prohibición de actuación en territorio congoleño, mediante la disuasión, y si fuera necesario el combate en colaboración con las Fuerzas Armadas de la República Democrática del Congo, de Ruanda y de Uganda, de los citados ERS y FDLR.

MONUC no ha sido, sin embargo, una excepción al gran lastre que las operaciones militares de gestión de crisis sufren en el continente africano, sean llevadas a cabo por la ONU, por la Unión Africana o por alguna de sus organizaciones regionales (la CEDEAO, por ejemplo, como se verá en epígrafes posteriores). Debido al tipo de conflictos que se dan en el continente, desarrollados, la mayoría de las veces, como se ha visto, a múltiples bandas en un ambiente de alianzas cambiantes, por grupos irregulares sin líneas de mando o control político estables e identificables, los conflictos internos africanos son, para las tropas que participan en las operaciones para su gestión internacional, conflictos de alto riesgo, de escasa probabilidad de éxito y de frecuente prolongación indefinida en el tiempo (y, por tanto, en su coste). Si a esto se añade que un excesivo protagonismo de contingentes occidentales (fundamentalmente europeos) da lugar a acusaciones de «neocolonialismo europeo» (imposición *manu militari* de soluciones occidentales basadas en intereses y valores occidentales), la tendencia actual parece ser que la gestión militar internacional se base en contingentes exclusivamente africanos (Unión Africana u organización regional africana) o en contingentes africanos o de cualquier otra parte del Tercer Mundo (Naciones Unidas).

En cualquier caso, contingentes limitadamente equipados, adiestrados y motivados, procedentes de países con nula capacidad de transporte estratégico (a y desde la zona de actuación y dentro de la misma) y de financiación, y con escasa capacidad de protección de las tropas, de movilidad táctica, de capacidad de combate y defensa propia, y de mando y control. Razón por la cual, las operaciones militares de gestión de crisis base tiene que ser complementadas o apoyadas, en determinadas cir-

cunstances, por operaciones de mandato y duración limitados llevadas a cabo por contingentes ostensiblemente mejor equipados y adiestrados de países desarrollados.

Modalidad en la que parece estar especializándose la Unión Europea en el continente africano mediante sus operaciones autónomas sin apoyo de la OTAN (sin utilizar el mecanismo «Berlín Plus»). Es el caso, entre otros que se verán en epígrafes subsiguientes, de las operaciones *Artemis* (fuerza multinacional provisional de emergencia en Bunia, junio-septiembre de 2003) y EUFOR-República Democrática del Congo (junio-noviembre de 2006) de refuerzo y apoyo a la MONUC en la República Democrática del Congo. Para, la primera, «en estrecha coordinación con la MONUC», y actuando de conformidad con el Capítulo VII:

«Contribuir a estabilizar las condiciones de seguridad y a mejorar la situación humanitaria» hasta que «la presencia de la MONUC pueda ser reforzada.» (21)

(Situación que se produciría en noviembre de 2006, efectuándose en esta fecha la transferencia de autoridad de *Artemis* a MONUC en esa área) en la región congoleña de Ituri (nordeste del país, Provincia Oriental), donde había estallado un nuevo brote de violencia, con una significativa repercusión en la situación humanitaria, en el ya de larga data (más de 10 años) enfrentamiento entre los *hema* y los *lendu* por el control de recursos mineros y minerales, apoyándose y apoyados por potencias extranjeras regionales y extrarregionales y por compañías mineras (22). Y, para, la segunda, EUFOR-República Democrática del Congo, reforzar a la MONUC durante la celebración de las elecciones legislativas y presidenciales llevadas a cabo en la República Democrática del Congo en el verano-otoño de 2006 (23).

La intervención militar extranjera en el Cono Sur Africano

Pero la intervención militar de Naciones Unidas en África o de la propia Unión Africana en alguno de los Estados que la componen, no se limita a

(21) Resolución 1484 del Consejo de Seguridad de 30 de mayo de 2003.

(22) VEGA FERNÁNDEZ, Enrique: *Operaciones militares de gestión de crisis. Tipos, evolución y características*, pp. 162-164, Instituto Universitario «General Gutiérrez Mellado», Madrid, 2010.

(23) VEGA FERNÁNDEZ, Enrique: *Operaciones militares de gestión de crisis. Tipos, evolución y características*, pp. 167-168, Instituto Universitario «General Gutiérrez Mellado», Madrid, 2010.

la región de los Grandes Lagos. Otras tres zonas han sido escenario de distintos tipos de conflicto que han exigido la presencia de operaciones militares de gestión de crisis. La más antigua de ellas es el Cono Sur Africano, donde las guerras civiles posteriores a la descolonización portuguesa de Angola y Mozambique o la propia descolonización surafricana de Namibia, obligaron a desplegar las tres sucesivas etapas de la Misión de Verificación de Naciones Unidas en Angola (UNAVEM I, II y III, diciembre de 1988-junio de 1997, 1.000 millones de dólares) y la Misión de Observación de Naciones Unidas en Angola (MONUA, junio de 1997-febrero de 1999, 294 millones de dólares), con objeto de, primero: supervisar la retirada de las tropas cubanas y surafricanas en el país y, después: del cumplimiento de los sucesivos acuerdos de paz entre el Gobierno de Luanda y la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA).

A UNAVEM I (diciembre de 1988-mayo de 1991) estuvo íntimamente conectado el Grupo de Asistencia de Naciones Unidas para el Periodo de Transición en Namibia (GANUPT, abril de 1989-marzo de 1990, 369 millones de dólares) que supervisó la salida de las tropas surafricanas de este país y su proceso de independencia, condicionado en todo momento por Suráfrica a la simultánea salida de las tropas cubanas de Angola, proceso que concomitantemente estaba supervisando UNAVEM I en Angola.

La secuencia se completa con la Operación de Naciones Unidas en Mozambique (ONUMOZ, diciembre de 1992-diciembre de 1994, 493 millones de dólares), que supervisó la aplicación de los acuerdos de paz entre el gobierno de Maputo y la Resistencia Nacional Mozambiqueña (RENAMO), enfrentados en guerra civil por hacerse con el poder tras la independencia del país. Y el ciclo con la Misión de la Unión Africana en las islas Comoras (MUAC, marzo de 2008), que, en marzo de 2008 intervino con una fuerza de 1.350 efectivos militares en la isla comorense de Anjouan, para apoyar al Ejército del país a desalojar al ex presidente Mohamed Bacar, que pretendía perpetuarse en el poder mediante unas elecciones consideradas fraudulentas por la Unión Africana y Naciones Unidas.

La intervención militar extranjera en el golfo de Guinea

Otro importante grupo de operaciones de Naciones Unidas en África corresponde a la región del golfo de Guinea, donde guerras civiles conectadas entre sí en cuatro países ribereños del Golfo: Guinea, Sierra Leona, Liberia y Costa del Marfil han dado lugar a otras tantas operaciones. Una importante característica distintiva de estas operaciones es la estrecha

colaboración en la que se han llevado con la CEDEAO, la organización regional africana más activa en implicarse en la gestión de crisis surgidas en su territorio. Así como la presencia, asimismo simultánea, de operaciones militares llevadas por antiguas potencias coloniales: Francia y el Reino Unido o protectoras de Estados Unidos con el doble objetivo de contribuir a la resolución del conflicto y de proteger sus intereses nacionales.

La primera de estas operaciones en el golfo de Guinea fue la Misión de Observación de Naciones Unidas en Liberia (UNOMIL, septiembre de 1993-septiembre de 1997, de 104 millones de dólares), desplegada en este país para supervisar el cumplimiento del Acuerdo de Paz de Cotonú (Benín) alcanzado el 25 de julio de 1993 entre el GNT salido del mismo y los rebeldes del Frente Patriótico Nacional de Liberia de Charles Taylor, en colaboración con el previamente ya desplegado Grupo de Observadores Militares de la CEDEAO (ECOMOG), en realidad una fuerza de mantenimiento de la paz, a pesar de haber mantenido su nombre inicial de «grupo de observadores militares».

Modalidad que incluso llegó a traspasar tanto en Liberia como en Sierra Leona, al implicarse en los combates en determinados momentos en defensa y protección de las autoridades locales internacionalmente reconocidas, en nombre de la ya citada dicotomía que pronto se haría oficial en Naciones Unidas entre «neutralidad» e «imparcialidad». UNOMIL fue, así, la primera operación de mantenimiento de la paz de Naciones Unidas llevada a cabo en cooperación directa sobre el terreno con otra operación de mantenimiento de la paz establecida por otra Organización. La celebración de elecciones presidenciales y legislativas en Liberia el 19 de julio de 1997, con el triunfo del Frente Patriótico Nacional de Charles Taylor, ahora convertido en Partido Patriótico Nacional, y la constitución del correspondiente nuevo Gobierno, permitieron la finalización de UNOMIL y la salida del país del ECOMOG.

Sin embargo, la paz en Liberia duró poco, con las fuerzas gubernamentales y las facciones que pronto se le enfrentan, los Liberianos Unidos por la Reconciliación y la Democracia (LURD) y el Movimiento para la Democracia en Liberia (MODEL), luchando por hacerse con el poder y con el lucrativo negocio de la venta fraudulenta de diamantes. De forma que el Consejo de Seguridad se ve de nuevo en la necesidad de volver a tomar cartas en el asunto desplegando una nueva operación en el país, esta vez de carácter coercitivo al estar amparada por el Capítulo VII de la Carta, la Misión de Naciones Unidas en Liberia (UNMIL, 630 millones de dólares anuales).

Y mientras esta operación preparaba su despliegue, a autorizar, a partir del 1 de agosto de 2003, el despliegue de una nueva Fuerza Multinacional de la CEDEAO (ECOMIL), constituida por 3.500 efectivos militares, logísticamente apoyada por Estados Unidos, que sitúa, asimismo, frente a las costas liberianas una reserva estratégica embarcada de 2.000 infantes de Marina, y asistida desde el país vecino Sierra Leona por la Operación de Naciones Unidas (UNAMSIL) allí desplegada.

Unas medidas que unidas a la presión internacional consiguieron la firma, el 18 de agosto de 2003, del Acuerdo de Accra entre las principales facciones beligerantes. Que, en última instancia permitiría el despliegue a mediados de septiembre de ese mismo año 2003, de la UNMIL, con unos efectivos militares de 15.000 personas y policiales de 1.100, más los correspondientes a sus componentes civiles y administrativos. Efectivos en los que se integraron los 3.500 efectivos de la ECOMIL, que, así, quedó subsumida por UNMIL, que aún permanece activa en el país.

Mientras tanto, en el ínterin entre UNOMIL y UNMIL, una nueva operación ha debido de ser desplegada en el vecino país de Sierra Leona, la Misión de Observación de Naciones Unidas en Sierra Leona (UNOMSIL), julio de 1998-octubre de 1999, 13 millones de dólares). La guerra civil entre el Gobierno de Freetown y el Frente Revolucionario Unido, que se subleva junto a la frontera liberiana, data del año 1991, desplegándose en el país desde el primer momento un nuevo Grupo de Observadores Militares de la CEDEAO (ECOMOG-Sierra Leona). En mayo de 1997, el Ejército sierraleonés da un golpe de Estado y, aliándose con el Frente Revolucionario Unido, forma un Junta de Gobierno no aceptada por Naciones Unidas ni por la CEDEAO, por lo que, en febrero de 1998, el ECOMOG derriba a la Junta y restablece en el poder al presidente derrocado Kabbah. Rebeldes y Gobierno firman, 7 de julio de 1998, con la mediación de la CEDEAO y de la Unión Africana, y bajo su patrocinio, el acuerdo de cese de hostilidades de Lomé, que debe ser supervisado por sendas operaciones de la CEDEAO (el ECOMOG-Sierra Leona) y de Naciones Unidas. Como consecuencia de lo cual se crea la citada UNOMSIL.

Sin embargo, los reiterados incumplimientos por todas las partes de lo acordado en Lomé sugiere al Consejo de Seguridad sustituir, en octubre de 1999, a la UNOMSIL por la Misión de Naciones Unidas en Sierra Leona (UNAMSIL, octubre de 1999-diciembre de 2005, 2.700 millones de dólares), que inicialmente dotada de 6.000 efectivos militares, llegó a alcanzar los 17.500, con el mandato de supervisar el cumplimiento

del Acuerdo de Lomé y el desarme, desmovilización y reinserción de las facciones rebeldes.

UNAMSIL y ECOMOG-Sierra Leona se vieron reforzadas entre el 7 de mayo y el 15 de junio de 2000, cuando las fuerzas rebeldes llegan a ocupar gran parte de Freetown y están a punto de hacerse con el país por la operación *Palliser*, llevada a cabo por la Fuerza Británica en Sierra Leona (UKFORSIL, unos 1.500 efectivos), de la que más tarde quedaría un remanente en labores de formación y adiestramiento de las Fuerzas de Seguridad sierraleonesas (reforma del sector de la seguridad).

Por último, y debido al conflicto identitario (por la marfilidad) que se analiza en el epígrafe «El identitarismo de las opciones políticas», p. 30, de este capítulo entre las tribus y etnias del sur y el oeste de Costa de Marfil y las del norte étnicamente emparentadas con sus homónimas de Burkina Faso (anteriormente Alto Volta), Naciones Unidas desplegaron, en el mes mayo de 2003, la Misión de Naciones Unidas en Costa de Marfil (MINUCI). Una misión política con el objetivo de facilitar la aplicación del Acuerdo de Linas-Marcoussi (Francia), alcanzado el 23 de enero de 2003 entre el Gobierno de Abdiján y las Fuerzas Nuevas del Movimiento Patriótico de Costa de Marfil (MPCI) y otros grupos rebeldes, cooperando y reforzando la presencia en el país de la operación *Licorne* del Ejército francés y de la Misión de la CEDEAO en Costa de Marfil (ECOMICI), desplegadas unos meses antes para supervisar el anterior acuerdo de cese de hostilidades de 17 de octubre de 2002.

Ante la inobservancia de las partes en el cumplimiento de sus compromisos, el Consejo de Seguridad decidió (resolución 1528) el 27 de febrero de 2004 transformar la MINUCI en la operación mantenimiento de la paz amparada por el Capítulo VII (autorización estratégica para el uso de la fuerza) ONUCI (497 millones de dólares anuales), que absorbió a la MINUCI y a la ECOMICI y continúa aún activa junto a la operación francesa *Licorne*, con unos efectivos de 8.500 militares, 1.100 policías y sus correspondientes componentes civiles y administrativos.

La intervención militar extranjera en la franja del Sahel

Un último grupo de operaciones que podemos considerar es el de las desplegadas en la franja del Sahel. Cronológicamente, la primera operación que Naciones Unidas desplegó en esta franja geográfica fue la Misión de Naciones Unidas en el Sáhara Occidental (MINURSO, 48 millones

de dólares anuales) en septiembre de 1991 para supervisar el acuerdo de alto el fuego alcanzado entre el Gobierno de Marruecos y el Frente Polisario, así como para organizar y dirigir un referéndum que determinara el estatus final del territorio como país independiente o como provincia (con un grado mayor o menor de autonomía) del Reino de Marruecos. Es una misión de observación aún activa al no haberse podido alcanzar todavía un acuerdo entre las dos partes en relación con el censo de población que debería participar en el referéndum, negándose, incluso, Marruecos en los últimos tiempos a la propia celebración del referéndum, figura 2.

Un año más tarde, en abril de 1992, ante la imposibilidad de satisfacer las necesidades de asistencia humanitaria surgidas en Somalia como consecuencia de la conjunción de un ciclo de sequías en el área y de la guerra civil a múltiples bandas desencadenada en este país tras el derrocamiento, en enero de 1991, de Siad Barré (en el poder desde el golpe de Estado de octubre de 1969), Naciones Unidas desplegaron la Operación de Naciones Unidas en Somalia (ONUSOM, abril de 1992-marzo de 1993), que debido a la debilidad de su mandato y efectivos no tenía la capacidad suficiente para el cumplimiento de su misión.

Ante esta situación, Estados Unidos decide intervenir mediante la operación *Restaurar la Esperanza*, llevada a cabo por una Fuerza Multinacional Unificada bajo mando estadounidense, UNITAF (*Unified Task Force*), diciembre de 1992-marzo de 1993), que en marzo de 1993, una vez encauzada la situación humanitaria en el país, es relevada, junto a ONUSOM, por una nueva versión de esta Operación de Naciones Unidas (ONUSOM II marzo de 1993-marzo de 1995, 1.600 millones de dólares), esta vez amparada por el Capítulo VII (autorización estratégica para el uso de la fuerza) y reforzada, a modo de reserva estratégica, por una Fuerza Estadounidense Embarcada (USFORSOM).

Pero a diferencia de ONUSOM I y de la UNITAF, que solamente tenían como mandato posibilitar la asistencia humanitaria en el país, ONUSOM II, y consecuentemente su fuerza de reserva USFORSOM, recibieron, entre otros, el cometido añadido de desarmar a las milicias que de alguna forma se opusieran al cumplimiento de su mandato. Los combates entre fuerzas de ONUSOM II y la milicia de la rama del Congreso Somalí Unido dirigida por el general Farah Aidid en Mogadiscio, que ocasionan la muerte y desaparición de 35 soldados paquistaníes de Naciones Unidas, inducen, en octubre de 1993, la intervención de la USFORSOM para intentar detener al general Aidid y los principales cabecillas de su milicia. En los combates

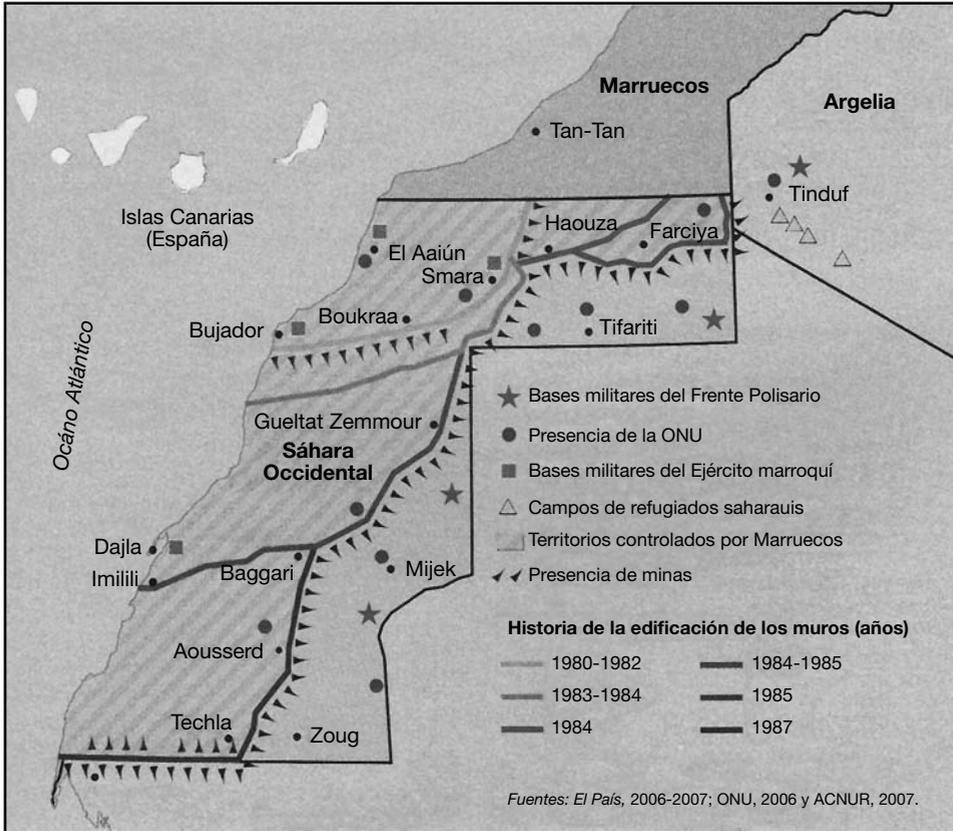


Figura 2.— Recolonización de una antigua colonia.

subsiguientes, las USFOR SOM sufren cuantiosas bajas, siendo, incluso, derribado uno de sus helicópteros y vejados públicamente los cadáveres de sus tripulantes. Todo ello motivará la retirada de Estados Unidos de la operación, arrastrando a los contingentes de ONUSOM II pertenecientes a países europeos: Francia, Bélgica e Italia, principalmente, los mejor dotados, equipados y preparados, dejando a la nueva ONUSOM, de nuevo, carente de capacidad para el cumplimiento del mandato que se le había asignado, debiendo retirarse definitivamente en marzo de 1995.

La IGAD, de los Estados del África Nororiental intentará coger el relevo de las Operaciones de Gestión de Crisis (IGASOM, que nunca llegará a desplegar) en el país, a instancias de Naciones Unidas, la Unión Africana, la Liga Árabe y la Unión Europea, como consecuencia del establecimiento siete años más tarde, en octubre de 2002, de un Gobierno Federal Transitorio internacionalmente reconocido, salido de la Conferencia Nacional

Somalí celebrada a lo largo del 2002 en la ciudad keniana de Eldoret. Pero la situación interna somalí nunca llegará a permitir ni que la pretendida IGASOM llegue a desplegar ni que el Gobierno Federal Transitorio pueda ejercer un poder real desde la capital Mogadiscio, debiendo mantenerse recluido en la oriental ciudad de Baidoa, cercana a la frontera etíope y, por lo tanto, indirectamente protegido por la posible reacción de este país.

En esta situación, los acontecimientos se precipitan con la toma del poder en Mogadiscio de la Unión de Tribunales Islámicos (junio de 2006) y la invasión del Ejército etíope (diciembre de 2006) respaldada por Estados Unidos, para imponer en Mogadiscio al citado Gobierno Federal Transitorio. La confianza en que la ocupación etíope va a lograr mejorar la seguridad y la estabilidad en el país, indujo a establecer en diciembre de 2007 (fecha de la iniciación de su despliegue) la Misión de la Unión Africana en Somalia (AMISOM), aún activa en la actualidad, con el mandato de apoyar y sostener las estructuras gubernamentales provisionales salidas de la Conferencia de Eldoret, crear y mantener un ambiente general de seguridad que permita su actuación y desarrollo, e instruir a las Fuerzas de Seguridad somalíes. Para ello, AMISOM está autorizada a mantener un máximo de 8.000 efectivos militares, de los cuales solamente ha podido desplegar hasta ahora a 5.200: tres batallones ugandeses financiera y logísticamente sostenidos por Estados Unidos y tres batallones burundeses financiera y logísticamente sostenidos por Francia.

Sin embargo, la ocupación de Etiopía, que retiró sus tropas de Somalia en enero de 2009, y AMISOM no solamente no han conseguido, al menos por ahora, pacificar el país, sino que tampoco han podido impedir el surgimiento de la piratería en aguas del golfo de Adén y del océano Índico llevada a cabo por piratas somalíes desde las costas somalíes. Lo que ha inducido a que tanto la Unión Europea —operación *Atalanta*, la Fuerza Europea de Misión Naval (EUNAVFOR) Somalia, activa desde noviembre de 2008— como la OTAN (operaciones *Protector Aliado* y *Escudo del Océano* de la fuerza expedicionaria naval de la OTAN, activa desde octubre de 2008), complementadas por pequeñas flotas nacionales o multinacionales (la *Task Force 151* encabezada por Estados Unidos, por ejemplo), hayan tenido que establecer las correspondientes operaciones aeronavales de represión de la piratería con objeto de proteger el tráfico marítimo por dichas aguas, incluido el del Programa Mundial de Alimentos (PMA) de Naciones Unidas, específicamente dirigido a paliar las carencias humanitarias de la propia Somalia.

Y ante la evidencia de que el fenómeno de la piratería es inseparable de la situación interna del país y que su control sólo es posible en combinación con la gestión de dicha situación interna somalí, la Unión Europea ha organizado la operación *Focus* (como parte de la operación *Atalanta*) para el control de puertos y bases de partida y refugio de los piratas y la Misión de Adiestramiento de la Unión Europea en Somalia (MAUE-Somalia, activa desde mayo de 2010). Una operación de reforma del sector de la seguridad para entrenar y adiestrar en Uganda, en conjunción con AMISOM, a las Fuerzas de Seguridad somalíes, de la que España es la nación-marco.

Pero, mientras ONUSOM II en Somalia languidece incapaz de cumplir su mandato por falta de efectivos, el Consejo de Seguridad ha decidido desplegar la pequeña y corta operación del Grupo de Observadores de Naciones Unidas en la Franja de Aouzou (UNASOG, mayo y junio de 1994, 60.000 dólares) para verificar, en conformidad con la decisión del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, la retirada de la administración y de las tropas libias de este territorio en disputa entre Chad y Libia, que previamente habían acordado someter el litigio a la consideración de dicho alto Tribunal establecido por la Carta de Naciones Unidas.

Tras ONUSOM y UNASOG, la siguiente operación de ONU en la franja del Sahel fue la Misión de Naciones Unidas en la República Centroafricana (MINURCA, abril de 1998-febrero de 2000, 101 millones de dólares), establecida para supervisar y facilitar el cumplimiento de los Acuerdos de Bangui de 25 de enero de 1997 entre el gobierno del presidente Patassé y las unidades de las Fuerzas Armadas centroafricanas reiteradamente levantadas contra el Gobierno desde el año 1996 como consecuencia del deterioro económico del país y consiguiente impago de salarios a los miembros de las Fuerzas Armadas. La primera organización internacional que media en el conflicto es la OUA, antecesora de la Unión Africana, que el 31 de enero de 1997 crea la Fuerza Interafricana en la República Centroafricana (MISAB), constituida por 800 efectivos militares de seis diferentes países africanos con Gabón como nación-marco y el apoyo logístico y financiero de Francia, sancionada bajo el Capítulo VII por el Consejo de Seguridad por su resolución 1125 de 6 de agosto de 1997.

Ante la advertencia francesa de que retiraría su apoyo a partir de abril de 1998, el Consejo de Seguridad establece la MINURCA, con una dotación de 1.350 efectivos militares, para colaborar y sostener a la MISAB. La MINURCA finalizaría su mandato en febrero de 2000 tras haber su-

pervisado las elecciones presidenciales y legislativas en el país. A estas operaciones puede añadirse la Misión de Naciones Unidas en Etiopia y Eritrea (MINUEE, julio de 2000-julio de 2008, 4.200 efectivos militares) para supervisar el Acuerdo-Marco de Argel de 18 de junio de 2000 (que confirma el firmado y no cumplido anterior de julio de 1999) con el que se pretende acabar con el conflicto fronterizo entre ambos países que había estallado en mayo de 1998, figura 3.

Las operaciones de la ONU en la franja del Sahel se completan con las tres operaciones aún activas relacionadas con los conflictos internos de Sudán. La guerra civil en Sudán entre las autoridades de Jartum y la secesionistas provincias del sur data desde casi la misma fecha de la independencia del país en enero de 1956, pero se recrudece en el año 1983 tras la ruptura de los Acuerdos de Addis-Abeba de 1972, enfrentando al Movimiento-Ejército de Liberación Popular de Sudán con el Gobierno-Fuerzas Armadas de Sudán.

El peso principal de la mediación en el conflicto corrió a cargo de la IGAD de los Estados del África Nororiental, apoyada y sostenida por la Unión Africana (y con anterioridad por la OUA), que obtiene, el 20 de julio de 2002, la firma del Protocolo de Machakos, en función del cual y para cuya supervisión y apoyo, la ONU despliega en el sur de Sudán la Misión Avanzada de Naciones Unidas en Sudán (UNAMIS, junio de 2004-marzo de 2005). El Protocolo de Machakos fue complementado dos años más tarde por el Acuerdo-Marco de Paz de Nairobi para Sudán de 9 de enero de 2005, patrocinado por la IGAD, la Unión Africana y la ONU, para cuya supervisión y apoyo, el Consejo de Seguridad estableció, por resolución 1590 de 24 de marzo de 2005, la Misión de las Naciones Unidas en Sudán (UNMIS, 859 millones de dólares anuales), una fuerza de mantenimiento de la paz de 10.000 efectivos militares y 715 efectivos policiales más los correspondientes componentes civiles y administrativos, que aún permanece activa en la actualidad.

Pero mientras tanto, un nuevo conflicto había surgido en la región occidental sudanesa de Darfur, donde las tensiones étnicas, políticas y económicas, debidamente exacerbadas por la dura competencia por los escasos recursos de la zona, agravada por la importante sequía que sufre la región por esos años, desencadena, a partir de los primeros meses del año 2003, la sublevación de dos importantes movimientos rebeldes de la población no árabe de la región de Darfur, el Movimiento-Ejército de Liberación de Sudán (cuyo solo nombre ya evoca su inspiración en el tra-

dicional movimiento rebelde del sur) y el Movimiento por la Justicia y la Igualdad, que son duramente contestados por las Fuerzas Armadas sudanesas y las milicias árabes de la región conocidas como los *janjaweed*.

Con objeto de paliar en lo posible las graves carencias humanitarias que la conjunción de sequía y conflicto están creando en Darfur y en cumplimiento de lo acordado por las partes en el acuerdo de alto el fuego de Jamena (Chad) de 8 de abril de 2004, la Unión Africana despliega en la zona la Misión de la Unión Africana en Darfur (AMIS, mayo de 2004-julio

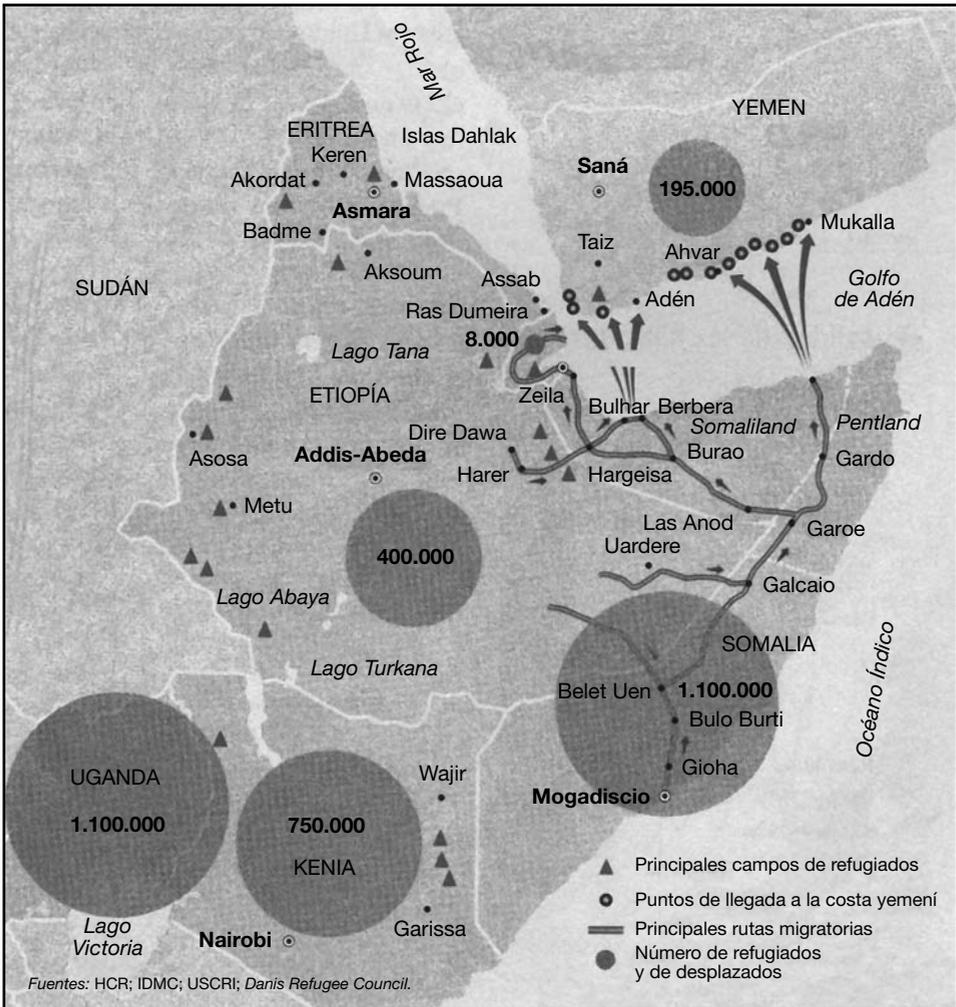


Figura 3.— Millones de refugiados, desplazados y emigrantes.

de 2007) —que con el tiempo llegará a estar dotada de 6.175 efectivos militares africanos y 1.560 policiales— apoyada operativamente y parcialmente sostenida logísticamente por la operación UNAMIS (UNMIS a partir de marzo de 2005) de la ONU desplegada en esos momentos en el sur de Sudán.

Como consecuencia de la firma del aparentemente más sólido y definitivo Acuerdo de Paz para Darfur de 5 de mayo de 2006 entre el Gobierno de Jartum y los movimientos rebeldes, el Consejo de Seguridad decide (resolución 1706 de 31 de agosto de 2006) que la Operación UNMIS, desplegada en el sur, expanda su mandato también a Darfur, absorbiendo a la operación AMIS de la Unión Africana. Una resolución que no será posible llevar a cabo debido a la negativa del Gobierno de Jartum, que solamente tras arduas negociaciones acepta que la operación de la Unión Africana en Darfur (AMIS), se convierta en una operación conjunta de la Unión Africana y de la ONU, independiente de la operación UNMIS de Naciones Unidas desplegada en el sur del país en función del Acuerdo-Marco de Paz de Nairobi para Sudán de 9 de enero de 2005 ente el Gobierno y el Movimiento-Ejército de Liberación Popular de Sudán. Así nace, por resolución del Consejo de Seguridad 1769 de 31 julio de 2007 y amparada por el Capítulo VII de la Carta, la operación conjunta (híbrida) de la Unión Africana y Naciones Unidas en Darfur (UNAMID 1.569 millones de dólares anuales), para la supervisión en dicha área del occidente sudanés del Acuerdo de Paz de Darfur de 5 de mayo de 2006. Una operación todavía en actividad dotada de 17.000 efectivos militares, casi 5.000 efectivos policiales y más de 4.000 civiles, figura 4.

Pero como ya se ha mencionado repetidas veces a lo largo de este capítulo, los conflictos africanos nunca son exclusivamente «nacionales», sino eminentemente regionales y transfronterizos. Así, el conflicto de Darfur es inseparable de la evolución del vecino Chad, especialmente tras su estallido en el año 2003, que, a las permanentes conexiones étnicas y políticas entre ambos lados de la artificial frontera, unió el inevitable colarario de cualquier conflicto armado de los refugiados, afectando no solamente a la región oriental de Chad (y por extensión a todo el conjunto del país), sino, asimismo, al noreste de la República Centroafricana.

Con objeto de paliar en lo posible la extensión del conflicto de Darfur a estos dos países vecinos, proteger a la población civil de las exacciones de las milicias y grupos armados, posibilitar la asistencia humanitaria y

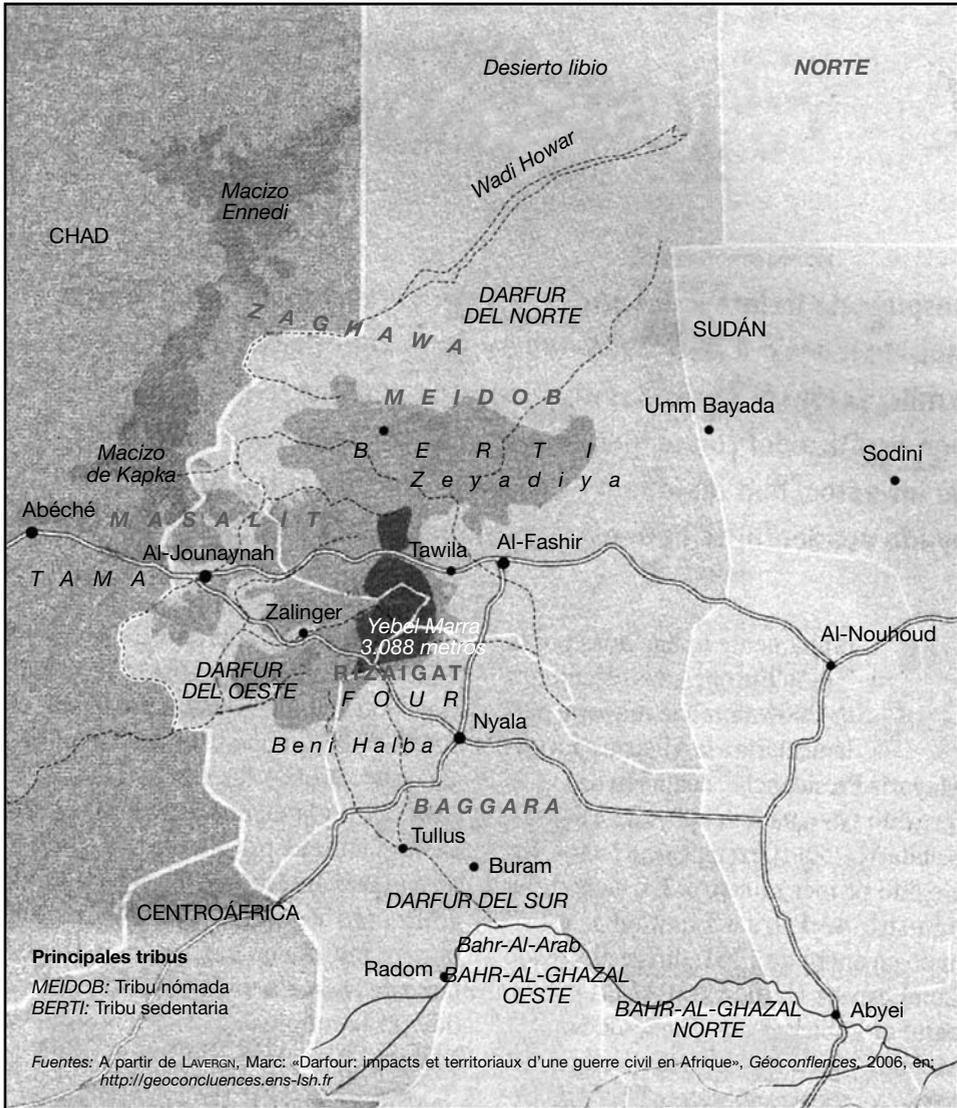


Figura 4. — El rompecabezas de las tribus de Dafur.

promover la paz y el gobierno de la ley en el área, el Consejo de Seguridad estableció, mediante su resolución 1778 de 25 de septiembre de 2007, la Misión (inicialmente civil y policial) de Naciones Unidas en la República Centroafricana y Chad (MINURCAT, septiembre de 2007 a la actualidad, 315 millones de dólares anuales), solicitando a la Unión Europea que desplegase en el área una operación multinacional de primera entrada (la EU-

FOR-República Centroafricana-Chad) que permitiese una organización de la MINURCAT más acorde con los cometidos que debían corresponderle.

El despliegue de EUFOR-República Centroafricana-Chad no fue fácil de conseguir, debido a las reticencias de Alemania y el Reino Unido y sólo la insistencia y persistencia de Francia logró que lo hiciera en marzo de 2008 (24). La ampliación de Mandato y efectivos de la MINURCAT se produjo como consecuencia de la resolución 1861 de 14 de enero de 2009, cuyo componente militar de 5.200 efectivos recibió la transferencia de EUFOR-República Centroafricana-Chad el 15 de marzo de 2009 (fecha de finalización de la EUFOR-República Centroafricana-Chad).

Posteriormente, el 15 de enero de 2010, el Gobierno chadiano solicitó al Consejo de Seguridad la finalización de la MINURCAT, como consecuencia de lo cual, éste decidió, en su resolución 1923 de 25 de mayo de 2010, que ésta se produjese el 31 de diciembre de 2010, con una reducción inicial del componente militar a 2.200 efectivos antes del 15 de octubre y después progresivamente hasta la fecha final de 31 de diciembre de 2010, en la que las autoridades chadianas se harían cargo de todos los cometidos hasta entonces desempeñados por la MINURCAT, finalizando ésta su presencia y actividad en el territorio, figura 5.

Otros tipos de presencia extranjera en el continente

Sin embargo, esta intervención militar extranjera en diferentes momentos, por diferentes Estados u organizaciones internacionales y en diferentes países del continente con finalidades «pacificadoras», no agotan el repertorio de posibles presencias o influencias militares o con repercusiones militares de Estados extracontinentales. Así, Francia, como es bien sabido, ha mantenido una presencia militar permanente en los países africanos de la francofonía, que con frecuencia han tenido una participación decisiva en golpes de Estado, en el fracaso de intentos de golpes de Estado y en el mantenimiento o derrocamiento de algunos regímenes, muchos de ellos dictatoriales (como el de Omar Bongo en Gabón de noviembre de 1967 a junio de 2009, por ejemplo) e, incluso, brutalmente dictatoriales (como el de Jean Bédel Bokassa en la Repú-

(24) «Incómodo despliegue para las fuerzas estadounidenses», *El Atlas Geopolítico 2010 de Le Monde Diplomatique* (en español), pp. 166-167, ediciones Cybermonde, S. L., Valencia, 2010.

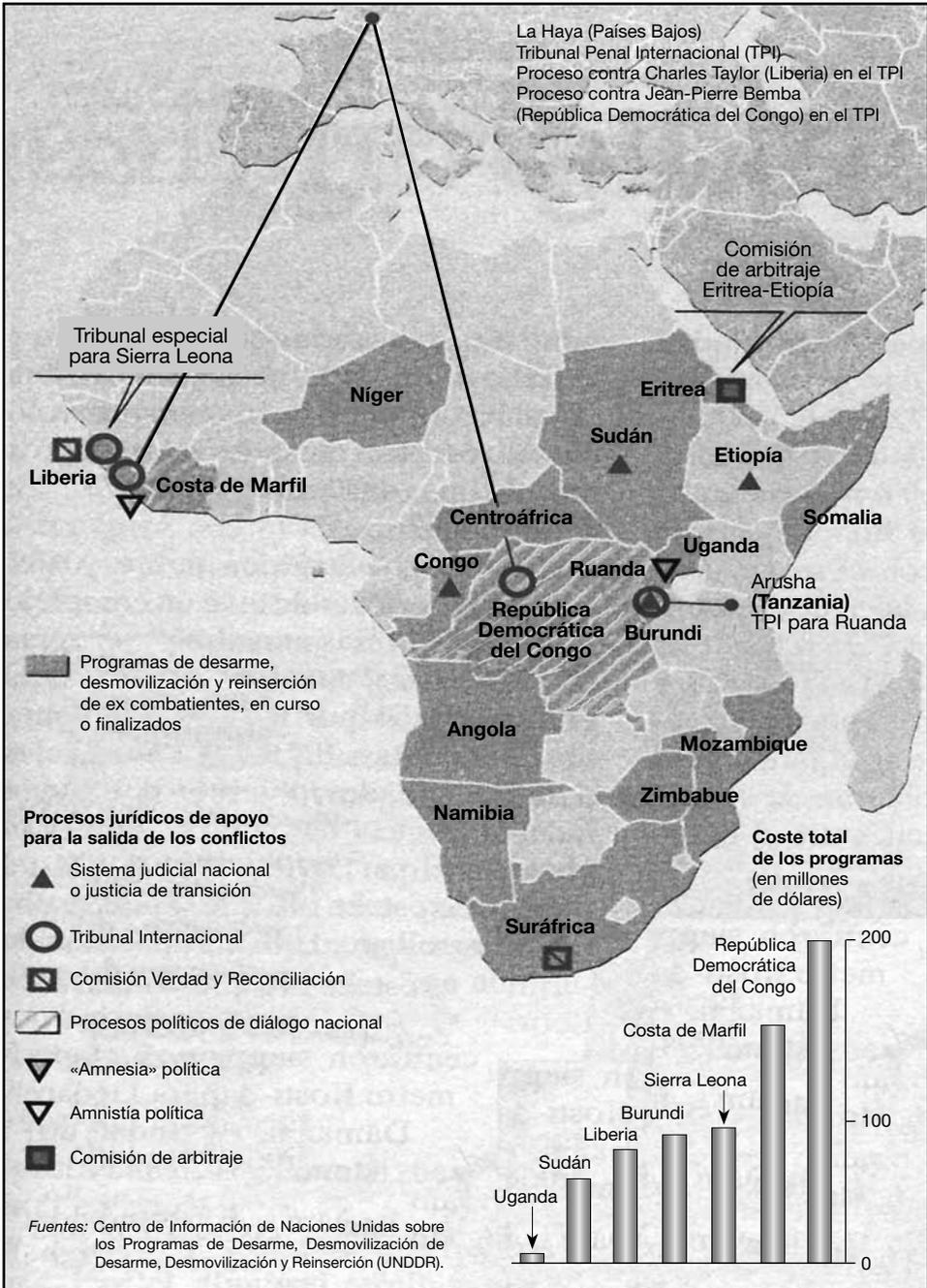


Figura 5.— Algunos pasos hacia la paz.

blica Centroafricana de enero de 1966 a septiembre de 1979, por ejemplo). Esta presencia se ha justificado tradicionalmente en función de los Acuerdos de Defensa que el país galo firmó, tras las independencias, con la mayoría de sus antiguas colonias, conteniendo cláusulas del tipo:

«El Gobierno podrá, con el acuerdo de Francia, requerir la colaboración de las fuerzas francesas estacionadas en su territorio para la defensa interior y exterior» (25).

Sin embargo, dado el progresivo declive de la influencia francesa en África y el cambio de rumbo geoestratégico de las autoridades francesas —*Libro Blanco sobre Defensa y Seguridad Nacional* de junio de 2008 y traspaso del RECAMP a la Unión Europea en 2008— estos Acuerdos de Defensa están siendo revisados, o se tiene la intención de revisarlos, en el sentido de suprimir de ellos estas cláusulas que posibilitan y facilitan, e incluso en algún caso han obligado, la intervención de las Fuerzas Armadas francesas en asuntos de carácter puramente nacional interno, manteniendo, los destacamentos militares que no sean suprimidos y en la medida de sus posibilidades en aquellos que sean reducidos, solamente cometidos de formación, adiestramiento, asesoramiento o apoyo técnico más propios de las relaciones entre Estados soberanos.

Todo ello parece ser consecuencia de, en primer lugar: la propia evolución del panorama geoestratégico mundial, en el que tras la guerra fría, en la cual Estados Unidos competía con la URSS en África no sólo directamente sino también a través de su aliado francés, Estados Unidos se ha vuelto un competidor —y un competidor poderoso— de Francia en África, especialmente tras la reciente y progresiva expansión del islamismo yihadista por el África musulmana (que, dicho sea de paso, abarca más de la mitad del continente y de su población), a cuya competencia hay que añadir la también reciente y progresiva, pero asimismo, acelerada, irrupción china en África.

Pero es consecuencia también, en segundo lugar, del progresivo desprestigio francés entre sus propios aliados africanos, debido, al parecer, a la conjunción de diversos factores. Primero: la cada vez más restrictiva

(25) Fórmula literal utilizada en el Acuerdo de Defensa firmado el 17 de julio de 1960 entre los Gobiernos de Francia y Gabón, tras la independencia de este último, citado a modo de ejemplo y obtenido de LEYMARIE, Philippe: «Des accords militaires «nouvelle génération», *Manière de Voir*, número 109, Indispensable Afrique, diciembre de 2009-enero de 2010.

política migratoria francesa desde el inicio de la década de los años noventa del pasado siglo XX, especialmente en lo que respecta a jóvenes y estudiantes y a su posibilidad de permanecer en el país tras la finalización de sus estudios. Segundo: la mala fama adquirida por Francia de «sostenedora de crueles dictadores», especialmente tras la transformación de la OUA en la Unión Africana y la asunción por parte de ésta de la democracia, la constitucionalidad y los derechos humanos como sus principios rectores, frente al soberanismo, al anticolonialismo y el antirracismo que guiaban los presupuestos de la OUA. Tercero: la progresiva reducción de la ayuda al desarrollo francesa, tanto financiera (reducción a aproximadamente un tercio en los últimos 20 años), como en personal expatriado dedicado a ella (reducido a la mitad aproximadamente). Cuarto: la progresiva privatización de las empresas biestatales franco-africanas a iniciativa francesa, con la consiguiente merma en las arcas del Estado y de sus posibilidades de acción social. Y quinto: la progresiva competencia económica, no sólo por parte de las grandes potencias tradicionales, sino asimismo de las emergentes: China, India o Brasil, por ejemplo y de las propias africanas: Suráfrica, Egipto, Nigeria, Argelia o Etiopía) (26).

A pesar de lo cual, Francia sigue manteniendo bases militares en seis países africanos (27), acuerdos de cooperación militar con 13 y presencia naval permanente en el golfo de Guinea, en el océano Índico surafricano (proximidades de las islas de Madagascar y Reunión) y en el golfo de Adén e Índico somalí y keniata (28), en donde dispone de un portaaviones y de un submarino nuclear de ataque, además de las fuerzas en sus territorios de ultramar, isla de Reunión (3.200 efectivos) e isla Mayotte del archipiélago de las Comoras (350 efectivos). De entre las bases militares destaca base aeronaval de Yibuti, no solamente orientada a la posible intervención en los conflictos internos africanos o en la protección de sus nacionales en ellos, sino con vocación de puntal estratégico de proyección. Su arrendamiento supone el 40% del Presupuesto Nacional yibutí y es, asimismo, la sede permanente de un Regimiento reforzado de la Legión Extranjera francesa. Así como la Escuela Internacional de Fuerzas de Seguridad (El-

(26) LECOUTRE, Delphine et KAMBUZDI, Admore Mupoki: «Vers un divorce avec Paris?», *Manière de Voir*, número 109, Indispensable Afrique, diciembre de 2009-enero de 2010.

(27) Senegal (1.150 efectivos), Costa de Marfil (operación *Licorne*, 2.000 efectivos, reducidos a 900 en el año 2009), Chad (operación *Épervier*, 1.000 efectivos), República Centroafricana (operación *Boali*, 100 efectivos), Gabón (800 efectivos) y Yibuti (2.900 efectivos).

(28) MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando: «Índico, la estrategia del mar», *Revista Española de Defensa*, junio 2010.

FORCES), creada por Francia en Camerún en mayo de 2008 y operativa desde el año 2009, para la formación de policías y gendarmes africanos para las operaciones de gestión de crisis. En este mismo sentido, pero con mucha menos presencia, el Reino Unido tiene desplegados equipos permanentes de instrucción militar para operaciones de gestión de crisis de unos 200 efectivos en Sierra Leona (sucesores de la UKFOR SIL) y en Kenia IMATT (*International Military and Training Team*) (29), figura 6.

Por su parte, Estados Unidos (30) tampoco ha dejado nunca de tener presencia permanente militar en África mediante asesores e instructores. Pero hoy día, ésta pretende materializarse a través del AFRICOM, una consecuencia directa de la Guerra Total Contra el Terrorismo (GWOT) declarada por Estados Unidos tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Washington y Nueva York y de la progresiva aparición en diferentes países africanos, especialmente en el África árabe mediterránea y en la franja del Sahel (incluido el cuerno de África), de células y grupos de alguna forma vinculados o ideológicamente inspirados en la «nebulosa Al Qaeda».

El AFRICOM, anunciado por la Casa Blanca en febrero de 2007 como un dispositivo articulado por cinco bases, destacamentos o cuarteles generales diseminados en cinco diferentes países, no resultó ser, sin embargo, demasiado popular en África. Argelia y Libia rehusaron albergar su cuartel general en junio, Suráfrica en ese verano, y por último también lo hicieron Gabón y Angola a principios del año 2008.

Solamente Liberia pareció mostrarse dispuesta a acogerlo, pero el propio Estados Unidos declinó la oferta debido, probablemente, a la inestabilidad del país, su carencia de infraestructuras y lo descentrado de su posición. La otra gran opción que podía barajarse era Marruecos, pero este país es, precisamente, el único Estado africano no perteneciente a la Unión Africana y, además, la base que los marroquíes proponían está situada relativamente próxima a la frontera argelina y al Sáhara Occidental, lo cual no sólo enfrentaría a Estados Unidos con Argelia, sino que también resucitaría en todo el continente el contencioso de la República Árabe Saharaui Democrática, cuya admisión por la Unión Africana es, precisamente, la causa de la autoexclusión marroquí de ella, dado que Marruecos tilda al Frente Polisario de organización terrorista y sostiene que así sea incluido en las listas correspondientes de las diferentes instancias internacionales.

(29) *Incómodo despliegue...*, *ibídem*.

(30) DESLOIRE, Constante: «Quand Washigton tente d'implanter son armée», *Manièr de Voir*, número 109, Indispensable Afrique, diciembre de 2009-enero de 2010.

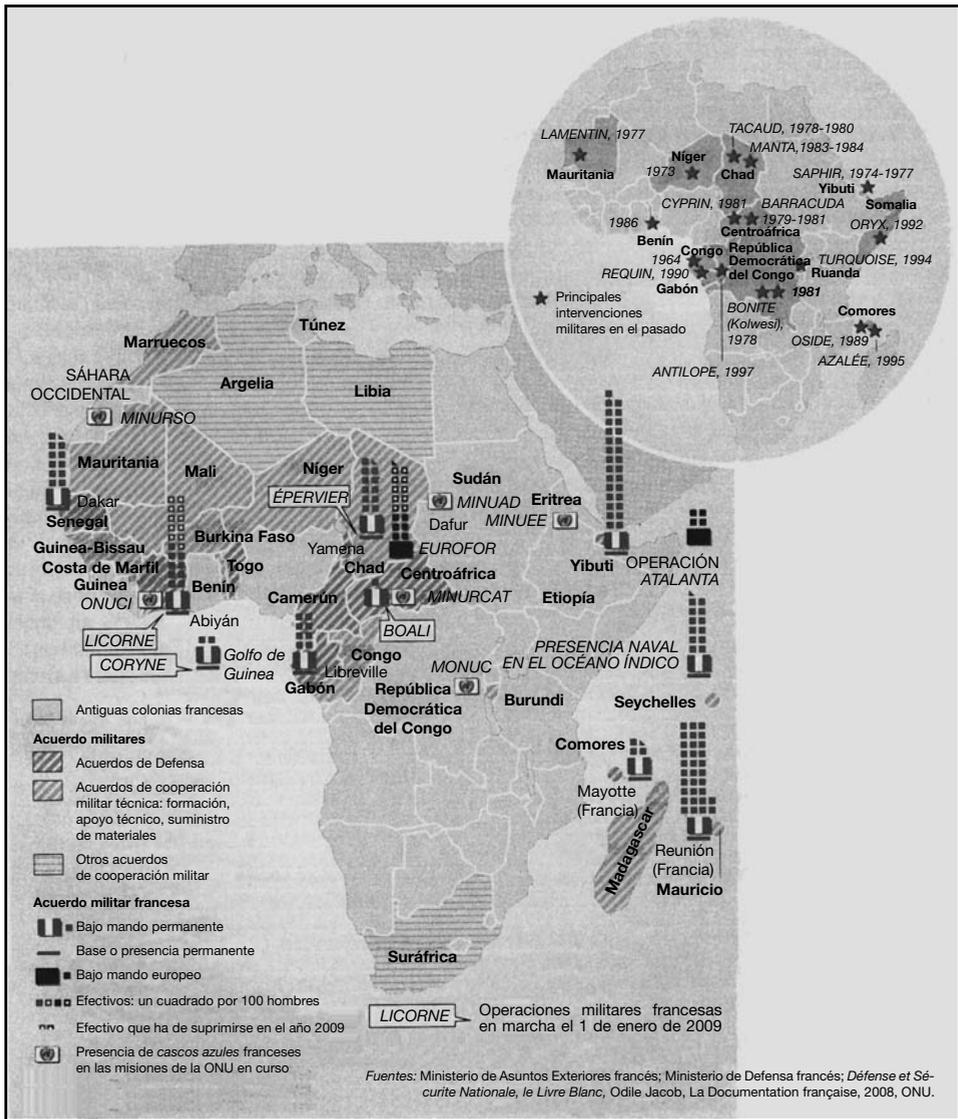


Figura 6.— Terreno más seguro.

De modo que, en última instancia, el Cuartel General del AFRICOM, operativo desde el 1 de octubre de 2008, ha debido establecerse en Stuttgart (Alemania) y no disponer de ninguna presencia permanente de entidad en el continente africano, excepto la de la base militar de Yibuti (Camp Lemoine), anexa a las instalaciones francesas, sede de la fuerza

conjunta del cuerno de África (2.000 soldados) y del Centro de Operaciones del AFRICOM (31). Aunque continúa manteniendo pequeños destacamentos de asesoramiento, apoyo técnico o adiestramiento en 19 países, además de la V Flota del océano Índico.

El AFRICOM, pretende jugar un doble papel. Por un lado, declara su carácter multidisciplinar: diplomático, militar y de ayuda al desarrollo (que incluye la asistencia humanitaria y ante catástrofes), disponiendo su comandante de sendos diplomáticos como adjunto (*deputy*) para actividades cívico-militares y como asesor para política exterior. Mientras, por otro, establece como su principal cometido «el apoyo militar a la política estadounidense en África» a través de siete principales objetivos estratégicos:

1. La vigilancia de y reacción contra la amenaza de Al Qaeda y de sus redes terroristas conexas.
2. La adquisición por parte de los países africanos de la capacidad militar de gestión de crisis necesaria para resolver sus propios conflictos.
3. El combate a la proliferación de armas de destrucción masiva.
4. La reforma del sector de la seguridad de los países africanos.
5. La protección de las fuentes de abastecimiento de materias primas en caso de crisis energética.
6. La protección y evacuación, en su caso, de sus nacionales en peligro en cualquier punto del continente.
7. Competir con la cada vez más voluminosa presencia china en África (32).

Una ambigüedad que le está valiendo acusaciones de estar militarizando la seguridad, las relaciones internacionales, la ayuda al desarrollo y la asistencia humanitaria.

Como en efecto parece estar ocurriendo, ya que, hasta el momento, las principales actividades del AFRICOM se están centrando en el adiestramiento, el equipamiento, el apoyo logístico y la financiación de fuerzas militares para la lucha antiterrorista (fuerzas de operaciones especiales) y para las operaciones de gestión de crisis, además de formar a las élites militares y administrativas en las normas y procedimientos estadounidenses para compensar la gran influencia que todavía conservan sobre ellas las antiguas potencias coloniales (33).

(31) MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando: *opus citada*.

(32) *Incómodo despliegue...*, *ibídem*.

(33) *Incómodo despliegue...*, *ibídem*.

A través, la primera, de los Programas Asociación Contraterrorista Transahariana, TSCCPT (*Trans-Sahara Counterterrorism Partnership*), del que forman parte: Mauritania, Mali, Chad y Níger, con Marruecos, Argelia y Túnez como países asociados, y el más general Programa de Adiestramiento Contraterrorista y de Interdicción Terrorista, TIP (*Terrorist Interdiction Program*), y de las maniobras *Flintlock* (34), en las que España ha participado, indirectamente mediante la utilización de la base naval de Rota como cuartel general del ejercicio, en la edición de año 2008 (*Flintlock 2008*) y directamente con tropas y medios sobre el terreno, en la del año 2010 (*Flintlock* año 2010) (35).

Y a través, la segunda: del Programa de Asistencia y Adiestramiento para Operaciones de Contingencia en África, ACOTA (*Africa Contingency Operations Training and Assistance*), del que su fase más avanzada es el adiestramiento, mediante la constitución de un Equipo Multinacional Conjunto, CJTF (*Combined Joint Task Force*) para el cuerno de África, CJTF-HOA (*Horn of Africa*) de la Brigada Este, una de las cinco brigadas regionales que el Consejo de Paz y Seguridad de la Unión Africana tiene previsto que formen parte de la fuerza africana de fuerzas en reserva para operaciones de mantenimiento de la paz (36), figura 7, p. 81.

Pero tampoco hay que olvidar a China (37), a pesar de que su implicación en el ámbito de la seguridad en el continente sea, por ahora, mucho menor que el de los países citados y subsidiaria de su cada vez mayor implantación comercial, crediticia, de ayuda al desarrollo y de construcción de obras civiles e infraestructuras, que la han convertido ya en el tercer socio comercial del continente, tras, cómo no, Estados Unidos y Francia.

Mientras los países occidentales, en la República Democrática del Congo por ejemplo, se comprometían a financiar importantes parcelas de los cuatro grandes ejes estratégicos de reconstrucción establecidos por el Gobierno de Kinshasa: restauración de la red de carreteras y de ferrocarril, educación, salud y acceso al agua potable, a cambio de que

(34) En: www.africom.mil/tsctp.asp.

(35) «España participará, por primera vez, en maniobras contra Al Qaeda en el Sahel», diario español *El País*, 15 de abril de 2010.

(36) DESLOIRE, Constante: *opus citada*.

(37) SERVAN, Jean-Christophe: «Originalité du jeu chinois», *Manière de Voir*, número 109, Indispensable Afrique, diciembre de 2009-enero de 2010.

las elecciones del año 2006 fueran libres y limpias (para los estándares africanos), como así fueron certificadas, no habiéndose desembolsado ni siquiera la cuarta parte de lo comprometido dos años después, y mientras el FMI sigue retrasando su prometida condonación de parte de la deuda externa (15.000 millones de dólares, un tercio del presupuesto anual congoleño), China está cumpliendo escrupulosamente el acuerdo firmado en septiembre de 2007 con el Gobierno congoleño —duramente criticado por los países occidentales y el FMI— por el que, a cambio de acceso a minas de cobre, cobalto y oro, dos empresas públicas chinas —China Railway Engineering Corporation y Synohydro— están construyendo 3.000 kilómetros de carreteras y de ferrocarril, 31 hospitales, 145 centros de salud y cuatro universidades (38).

En el año 2000, China organizó, de forma discreta, su I Foro de Cooperación con África y seis años más tarde, en noviembre de 2006, una Cumbre de Jefes de Estado y Gobierno de 48 países africanos en Pekín. Entre las dos, los intercambios han pasado de 2.000 millones de dólares en el año 2000 a 55.000 millones en el año 2006, y continúan creciendo (74.000 millones en el primer semestre del año 2008). Una cooperación que sigue cinco principales vías: inversiones directas de sociedades públicas y privadas chinas, fundamentalmente en el ámbito de las materias primas. Inversiones de empresas públicas en el marco de los acuerdos de cooperación en el ámbito de las infraestructuras. Préstamos a interés reducido. Compra de tierras. Y emigración de comerciantes. Siguiendo el particular modelo chino de confianza mutua y no intervención en el plano político (39) y cooperación incondicionada en el económico (*Libro Blanco sobre la política china en África*). Un modelo que se está ganado no solamente las «mentes», sino, también progresivamente, los «corazones» de las élites africanas e incluso de sus poblaciones (40). Un modelo que inevitable —y probablemente a su pesar, al menos de momento— le acabará implicando en cada vez más ámbitos, incluidos el político y el de la seguridad y, por lo tanto, el de los conflictos internos.

(38) «La democracia en el Congo-Kinshasa», *El Atlas Geopolítico 2010 de Le Monde Diplomatique* (en español), pp. 160-161, ediciones Cybermonde S. L., Valencia, 2010.

(39) Como «un escrupuloso respeto mutuo y por la diversidad cultural», lo resumió en cierta ocasión el presidente congoleño Omar Bongo.

(40) «Asia se lo pone difícil a Europa en África», *El Atlas Geopolítico 2010 de Le Monde Diplomatique*, (en español), pp. 180-181, ediciones Cybermonde S. L., Valencia, 2010.

Algo que en cierto modo ya está ocurriendo, quizás como embrión de lo que pudiera ser el futuro, en relación con cuatro principales áreas. En primer lugar: la venta de armamento y equipo militar, del que China fue el gran suministrador de tanto Etiopía como Eritrea, durante la guerra mantenida entre ambas entre los años 1998 y 2000 (y durante la guerra de secesión de Eritrea), como lo es actualmente de Sudán y Zimbabue, entre otros, pero principalmente, lo que curiosamente coincide con los países sobre los que Occidente mantiene embargos de, entre otras materias, armamentos y equipos militares, permitiendo sospechar que en este terreno, como en otros anteriormente, China parece estar dispuesta a ocupar los espacios vacíos que, sea cual sea la razón por lo que lo hacen, otros países van dejando.

En segundo lugar: la cooperación militar, íntimamente unida a la citada venta y abastecimiento de material militar, con la que China tiene ya algún tipo de acuerdo con 15 países africanos, entre ellos la mayoría de los del cuerno de África: Egipto, Sudán, Eritrea, Etiopía y Kenia y del Magreb: Egipto, Túnez, Argelia y Marruecos, así como con otros importantes países africanos como: Suráfrica, Nigeria y la República Democrática del Congo (41).

En tercer lugar: su cada vez mayor participación (cuantitativa y cualitativa) en las operaciones militares de gestión de crisis de Naciones Unidas en África. Y, en cuarto y último lugar: su implicación, aunque sea de forma indirecta, en ciertos conflictos africanos, como los de Sudán (en su región occidental de Darfur y en el secesionista sur), donde el apoyo económico (a través de lazos comerciales, créditos y de la construcción de obras civiles y de infraestructuras), político (voto y veto en el Consejo de Seguridad) y militar, que se acaba de citar, coadyuvan a que el régimen de Jartum pueda hacer frente a las presiones occidentales y de Naciones Unidas en relación con estos conflictos. O como el de la República Democrática del Congo en su región oriental, donde una de las razones que argüía el CNDP del general Laurent Nkunda —que tampoco debemos olvidar que estaba patrocinado y sostenido por Ruanda, uno de los protegidos de Estados Unidos en la región de los Grandes Lagos— para su rebelión era, además de la defensa de los *banyamulenges (tutsis)* congoleños, la «venta» de las riquezas y recursos del país

(41) «Un continent sous influence», *Manière de Voir*, número 109, Indispensable Afrique, diciembre de 2009-enero de 2010.

que suponía el citado contrato de septiembre d 2007 por valor de 9.000 millones de dólares firmado por las autoridades de Kinshasa con la República Popular China (concesiones mineras a cambio de construcción de infraestructuras y servicios) (42).

El equivalente europeo del ACOTA de Estados Unidos es el EURO RECAMP (*Renforcement des Capacités Africaines pour le Maintien de la Paix*). Un instrumento de la Política Común de Seguridad y Defensa de la Unión Europea, cuya finalidad es el adiestramiento de dirigentes y autoridades civiles y militares africanos, a todos los niveles, en las diferentes modalidades de la gestión de crisis y de la resolución de conflictos (prevención, mantenimiento y consolidación de la paz). Constituye, hoy día, uno de los principales elementos del plan de adiestramiento de la fuerza africana de reserva para el mantenimiento de la paz de la Unión Africana. El RECAMP, una vieja iniciativa francesa con 10 años de experiencia, que fue absorbida por la Unión Europea en el año 2008, constituyéndose en el EURO RECAMP, funciona bajo la dirección del alto representante para los Asuntos Exteriores y la Política de Seguridad y del Comité Político y de Seguridad de la Unión Europea, cuyas contrapartes africanas son el Departamento de Operaciones de Apoyo a la Paz del Consejo Africano y el Consejo de Paz y Seguridad de la Unión Africana. Hoy día están asociados a él 40 países europeos y africanos.

El funcionamiento actual del EURO RECAMP se basa en los llamados ciclos AMANI África. Son ciclos bienales de entrenamiento y adiestramiento, de los que ahora mismo se está en el primero (2008-2010), con Francia con nación marco y cuyo principal objetivo es que la Unión Africana esté en condiciones de desplegar una brigada (5.000 efectivos) de la fuerza africana de reserva al terminar el ciclo. Estando previsto que el ejercicio final de evaluación (CPX 2010) se celebre entre el 13 y el 28 de octubre de 2010 en Addis-Abeba (Etiopía), sede de las principales instalaciones de la Unión Africana. El ejercicio estará supervisado por el Cuartel General de Operaciones y Entrenamiento de Creil (Francia).

Para el desarrollo de sus actividades AMANI, África dispone de tres centros internacionales de entrenamiento en África —el Centro Internacional de Mantenimiento de la Paz de Bamako (Mali), el Centro Internacional de Mantenimiento de la Paz «Kofi Annan» de Accra (Ghana) y el Centro Inter-

(42) ENGDAHL, William, en: www.globalresearch.ca/index.php?context=va&aid=11173

nacional de Apoyo a la Paz de Karli (Kenia)—y diversos centros nacionales de entrenamiento regionales, ENVR (*Écoles Nationales à Vocation Régionale*), además de la utilización de diversos centros militares europeos.

El otro gran instrumento de apoyo europeo a las actividades de apoyo a la paz de la Unión Africana es el *EU's African Peace Facility*, creado en julio de 2003 y cuya principal finalidad es la financiación de la arquitectura africana de paz y seguridad (43).

Conclusiones

Nada de cuanto se ha expuesto y analizado en los epígrafes anteriores tendría sentido en el contexto de esta *Monografía*, si no ayudara a poder contestar el interrogante que la misma pretende plantear: ¿es el África del año 2010, consecuencia de las «Áfricas» que han sido en el pasado y, al mismo tiempo, de la sociedad internacional mundializada de nuestros días, un posible escenario de confrontación en el que se pueda ver involucrado el mundo occidental, y especialmente el europeo, en los que España está inserta? Y tampoco tendría sentido sino lo hiciera desde el particular punto de vista sobre el que ha tratado este capítulo: los conflictos armados internos e interafricanos. Y el corolario que éstos han traído y siguen trayendo: la presencia e intervención de fuerzas militares extranjeras, que se involucran de una forma u otra en dichos conflictos con diferentes objetivos y finalidades. Procedentes de antiguas metrópolis coloniales o de nuevas potencias regionales, de grandes organizaciones internacionales de ámbito mundial (Naciones Unidas), continental (Unión Africana) o regional (CEDEAO o Unión Europea) o, cómo no, de organizaciones clandestinas de inspiración foránea (la nebulosa Al Qaeda).

Pues bien, las posibilidades de confrontación a las que estos conflictos interafricanos podrían arrastrar a los países desarrollados del llamado mundo occidental pueden proceder de tres principales tipos de situaciones. En primer lugar: que el conflicto se desarrolle en una zona o territorio de acumulación o concentración de materias primas altamente codiciadas no solamente por las economías occidentales, sino, asimismo, por las de las economías emergentes e incluso por las propias economías locales o regionales africanas. Ya se vio en el epígrafe correspondiente

(43) En: www.consilium.europa.eu/eudocs y www.amaniafricacycle.org

que ésta no es solamente una situación frecuente, sino que, además, lo es precisamente por su alto interés económico para diferentes actores.

Son conflictos que al interés local de distintas comunidades por controlar sus beneficios económicos, se unen los intereses foráneos, estatales o privados, asimismo interesados en controlarlos a través de sus aliados locales. A los que, en consecuencia, prestan todo tipo de apoyo, no sólo económico y comercial, lo que podríamos considerar la faceta que seguiría las reglas del juego, sino en ocasiones también de sostén político, diplomático, financiero y de provisión de armamento, cuando no de consejeros y adiestramiento, a la imposición violenta de su control sobre la zona y sus recursos (o faceta espuria del juego geopolítico del actor externo).

Una situación que fácilmente puede derivar en «confrontación» entre sendos patronos externos, que si bien no parece probable, en el mundo de nuestros días, que pueda llegar a transformarse en «confrontación armada», sí puede llegar a constituir un riesgo de fractura interna del mundo occidental si esta rivalidad se da entre dos (o varios) de sus integrantes. O, lo que parece más peligroso, entre otras cosas porque también parece lo más probable, llegar a enfrentarlo, como conjunto o a alguno o algunos de sus miembros en particular, a terceros países.

Con el consiguiente deterioro que ello puede suponer para la estabilidad mundial y para el mantenimiento de la seguridad internacional, especialmente si ese tercer país es una potencia emergente o, como hipótesis más peligrosa, si ese tercer actor no es ya un solo país o una pequeña agrupación regional de países, sino si llega a ser el conjunto, más o menos cohesionado o completo, de los países emergentes y sus posibles aliados naturales, los países hoy día conocidos como Tercer Mundo.

Pero si bien esta primera posibilidad se basa en los riesgos que pueden representar para los intereses económicos de Occidente los conflictos armados africanos, según se vio en el primer epígrafe del tercer apartado de este mismo capítulo, hoy día existe una segunda posibilidad íntimamente relacionada con la amenaza procedente del salafismo yihadista, analizada en profundidad en otro de los capítulos de esta *Monografía* y también citada en éste en el segundo epígrafe de su tercer apartado, en relación con los riesgos de desestabilización interna que los conflictos armados africanos pueden inducir en las sociedades occidentales. Ya que la intervención de cualquier grupo o célula salafista-yihadista en

un conflicto armado intraafricano, como una de las partes enfrentadas o, con mayor probabilidad, en apoyo de cualesquiera de ellas, podría representar para ciertos países occidentales la tentación de intervenir en el conflicto en la idea de contener la posible expansión y fortalecimiento del movimiento salafista-yihadista con nuevos adeptos, que establecieran con él algún tipo de alianza estratégica de apoyo mutuo, del que no sería el menos importante la cesión de su territorio como santuario. Como ya se ha visto que ha ocurrido en otras partes del mundo, en el Afganistán de los talibán por ejemplo.

Por último, en tercer lugar: no puede dejar de contemplarse la posibilidad de que la confrontación proceda de la presencia de fuerzas occidentales en algún lugar de África donde se desarrolle o pueda desarrollarse en cualquier momento un conflicto armado. Fuerzas que pueden haber desplegado en el continente africano en cualquiera de los variados tipos de misiones y operaciones que se analizan en los apartados cuatro y cinco de este capítulo como asistencia militar, para la reforma del sector de la seguridad o como contingentes de una operación de mantenimiento de la paz o coercitiva en el seno de una organización internacional como la ONU o propiamente occidental como la OTAN o la Unión Europea.

Dado que si se despliegan fuerzas es porque existe, como mínimo, una situación de inestabilidad, cuando no, con mayor probabilidad, un conflicto armado latente o vigente, cualquiera de los tipos de intervención militar arriba reseñados puede verse arrastrado al enfrentamiento con la facción o facciones que se sientan perjudicadas por la actuación occidental, produciéndose una situación de «confrontación», que con facilidad puede serlo de «confrontación armada», con algún o algunos países africanos o, al menos, con alguna de las facciones que se disputan el poder en ellos.

Bibliografía

BOND, Patrick: «L'imperialisme contrarié de Pretoria», *Le Monde Diplomatique*, abril de 2010.

DESLOIRE, Constance: «Quand Washigton tente d'implanter son armée», *Manière de Voir*, número 109, Indispensable Afrique, diciembre de 2009-enero de 2010.

— «Quand Washington tente d'implanter son armée», *Manière de Voir*, número 108, Indispensable Afrique, diciembre de 2009-enero de 2010.

DOSSA SOTINDJO, Sebastián: «Pérennité des structures de dépendance et reproduction de sous-développement, en *Petit précis de remise à niveau sur l'histoire africaine à l'usage du président Sarkozy*, pp. 228 a 239, sous la direction de Adame Ba Konaré, La Découverte-Poche, Paris, 2008-2009.

El Atlas Geopolítico 2010 de Le Monde Diplomatique (en español), ediciones Cybermonde S. L., Valencia, 2010.

ENGDAHL, William, en: www.globalresearch.ca/index.php?context=va&aid=11173
«España participará, por primera vez, en maniobras contra Al Qaeda en el Sahel», diario español *El País*, 15 de abril de 2010.

GARY-TOUNKARA, Daouda: «La crise ivoirienne: le poids de l'histoire coloniale», en *Petit précis de remise à niveau sur l'histoire africaine à l'usage du président Sarkozy*, sous la direction de Adame Ba Konaré, La Découverte-Poche, Paris, 2008-2009.

HOFNUNG, Thomas: *La crise en Côte-d'Ivoire. Dix clés pour comprendre*, La Découverte, Paris, 2005.

LECOUTRE, Delphine et KAMBUZDI, Admore Mupoki: «Vers un divorce avec Paris?», *Manière de Voir*, número 109, Indispensable Afrique, diciembre de 2009-enero de 2010.

LEYMARIE, Philippe: «Des accords militaires "nouvelle génération"», *Manière de Voir*, número 109, Indispensable Afrique, diciembre de 2009-enero de 2010.

MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando: «Índico, la estrategia del mar», *Revista Española de Defensa*, junio de 2010.

NDAYWEL È NZIEM, Isidore: *Nouvelle histoire du Congo*, Le Cri Afrique Éditions, Bruselas, 2008.

PRUNIER, Gérard: *Africa's World War*, Oxford University Press, Nueva York, 2009.

Resolución 1484 del Consejo de Seguridad de 30 de mayo de 2003.

SERVAN, Jean-Christophe: «Originalité du jeu chinois», *Manière de Voir*, número 109, Indispensable Afrique, diciembre de 2009-enero de 2010.

— «Un continent sous influence», *Manière de Voir*, número 109, Indispensable Afrique, diciembre de 2009-enero de 2010.

VEGA FERNÁNDEZ, Enrique: «El escenario», en VV.AA.: *Crisis somalí, piratería e intervención internacional*, Instituto Universitario «General Gutiérrez Mellado», Madrid, 2009.

— *Operaciones militares de gestión de crisis. Tipos, evolución y características*, Instituto Universitario «General Gutiérrez Mellado», Madrid, 2010.

En: www.africom.mil/tsctp.asp.

En: www.consilium.europa.eu/es/peace

En: www.consilium.europa.eu/eudocs y www.amaniafricacycle.org

En: www.un.org/es/peace